

ERCEDES VALDIVIESO

LA TIERRA QUE LES DI



AMSTER

G-ZAG

LA TIERRA QUE LES DI

por Mercedes Valdivieso

Mercedes Valdivieso fue una auténtica revelación como novelista. Nada se sabía de ella. Pero de pronto apareció "La Brecha", y el éxito fue inmediato, sensacional, tanto de crítica como de librería. La primera edición se agotó en un mes. Y le siguieron tres más, a corto plazo.

Críticos de tanta experiencia y de tanta autoridad como Alone dieron rienda suelta a su entusiasmo. "Mercedes Valdivieso —dijo éste, entre otras cosas— es una de las más extraordinarias manifestaciones de la entrada triunfal de la mujer en la literatura, entrada ya no discutida y tan espontánea que la primera obra de esta escritora diríase una obra de madurez, y el estilo de esta principiante podrían envidiarlo, por su sencillez, su elegancia y su soltura, viejos autores, que han hecho del arte el trabajo de su vida".

Eleazar Huerta, a su vez, enjuició así la novela de Mercedes Valdivieso: "En "La Brecha", los problemas no están planteados racionalmente, pero sí vividos sinceramente, con una valentía que se torna belleza, porque es sobria. No hay artificio retórico, oficio literario en la escritora, y éste es su máximo encanto".

No faltaron, eso sí, las dudas. Mercedes Valdivieso, después de su indudable triunfo, ¿sería capaz de escribir otra novela? ¿Superaría esa narración de "La Brecha", en primera persona, aparentemente autobiográfica, con una obra de mayor aliento?

La respuesta se halla contenida en LA TIERRA QUE LES DI, una novela de mayor hondura y trascendencia, diferente de "La Brecha", en el fondo y en la forma.

En la trama sencilla de esta novela sobresale un personaje: la madre, la gran dama, cuya autoridad no se discute y cuyo valor moral representa el de una clase social capaz de construir un país sobre la base de algo tan fuerte como la tierra, pero cuya obra acaba por derrumbarse a causa de la incapacidad de los hijos —sumidos en un caos interior, ávidos siempre de dinero, arrastrados por sus bajas pasiones—, para renacer, tarde ya, en la comprensiva admiración de uno de los nietos, aunque sólo como un recuerdo y una esperanza.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

LA TIERRA QUE LES DI

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1962.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 25944.
Santiago de Chile,
1963.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

MERCEDES VALDIVIESO

LA TIERRA
QUE LES DI

Z I G — Z A G

A
JAIME,
A MIS HIJOS,
A MI MADRE

Y comerás y te hartarás y bendecirás a Jehová tu Dios, por la buena tierra que te habrá dado.

DEUTERONOMIO

LA SEÑORA contempla sus manos pegadas al negro de la falda. Venas azules y dilatadas recorren la piel rugosa. Bajo sus ojos las vuelve lentamente. Mil caminos profundos se extienden desde la palma a la punta de los dedos. Diez dedos en sus manos teñidas por el tiempo de tonalidades ocres de tierra. Tierra respirando apacible en esa tarde de marzo mientras ella contempla el pasado en la carne marcada por los años que tiene bajo sus ojos.

El coche cruza el puente de madera y entra en la hacienda. Había heredado la mitad de las tierras y llegaba con su marido a vivir en ellas. Sobre un mapa de la región, el abogado partidador señaló a ca-

da hijo las áreas correspondientes de la enorme fortuna, advirtiéndole que las casas y la mayoría del terreno cultivado eran propiedad de su hermano, hermoso, mimado y preferido. El resto avanza hasta la cordillera y está en su mayor extensión casi virgen. Ese resto es el suyo.

Víctor, el cochero, alienta los caballos y se vuelve a mirar a la patrona por la ventanilla abierta a su espalda:

—Tardaremos en llegar, el camino no está bueno.

La preocupación se escapa por sus ojos. La ve muy pálida sobre el cuero oscuro del asiento con sus seis meses de embarazo. Ella contesta con voz firme desde su cansancio:

—Apúrate. Ya arreglaremos el camino.

La casa de la administración para las tierras hacia la cordillera fue arreglada, pintada de rojo y protegida con nuevas puertas y ventanas. Pero las rejas altas y desnudas de flores hacen de ella un reducido cerrado y vetusto en el desorden verde del campo.

Cruzan el portón, la señora entra del brazo del marido a la pieza convertida en

recibo y se sienta, agotada por el viaje, en un escaño frente al brasero encendido.

Cuando abre de nuevo los ojos, su mirada va a encontrarse con los peones que a la espera de verla se han pegado a la reja. Dentro de la casa, las empleadas y el mozo, llegados el día anterior, se mueven llevando maletas y bultos. Se pone de pie y camina a la ventana. Al divisarla, el grupo humano comienza a descubrirse. Son rostros que aparecen nítidamente, oscuros, curtidos, impenetrables. Ella los ve a la distancia, casi del mismo color del suelo, incorporados al lugar como los árboles y las piedras, y piensa en un estremecimiento de posesión:

“¡ Mi tierra!”

La señora vuelve a contemplar sus manos suspendidas en el tiempo.

Al nacer el quinto hijo, el marido se arrodilló junto al lecho común y besó cinco de sus dedos:

—Cinco hijos, cinco dedos.

Ya no va a la capital a tener sus niños; ahora el médico es traído hasta las casas de la hacienda e instalado en uno de sus pabellones. No quiere alejarse, piensa que su sitio está en esos momentos allí, sobre la tierra fecunda y propia, en el inmenso hogar que limita con la cordillera. En cuanto puede levantarse, suplica al marido que la acompañe a recorrer el campo y le muestre todo lo nuevo que en esos meses de reposo obligado se ha hecho. Quiere ver siempre algo nuevo y siempre es complacida. No existe ya rincón sin delimitar ni portón que no sea de fierro. Cientos de brazos campesinos cortan el trigo y cientos de rodillas se pegan al suelo sobre las baldosas de la capilla construida a su llegada.

Por las tardes, sentada frente al parque en la galería, esperaba la llegada del esposo que aparecía entre los árboles todavía nuevos. La figura alta y corpulenta entraba por las pupilas a su cuerpo y lo recorría entero en una sensación cálida y fuerte. Y deseaba que llegara la noche para ir con él, camita por camita, dando las buenas noches a los niños, que aprendían a

rezar junto a sus mamás, y luego, protegida por el silencio amigo del campo, meterse entre sus brazos y dormir cansada en el amor satisfecho.

—Diez hijos, diez dedos.

Junto a ella su marido habló muy lento sobre el cuerpo agotado por ese último parto.

Aquella vez, después que pudo levantarse, lo acompañó hasta las viejas casas de sus padres. Adelantándose al mozo, él abrió las puertas a la primera pieza de recibo y ella pudo contemplar de nuevo, por un momento, su niñez y juventud: los gobelinos en las paredes, los tapices en el piso, el brasero de plata, que se incorporaban otra vez a su vida, soldándose así el pasado y el presente en una sola cadena. La hacienda casi virgen que heredara se duplicaba con las tierras de su hermano. El niño mimado y preferido ordenó desde Europa liquidar todos sus bienes. Aquello significó para ella la obligación de recuperar para los suyos lo que perteneció a los abuelos. La tierra tuvo que rendir más,

los días se alargaron bajo el esfuerzo y todos los gastos se redujeron. Pero cumplió sus deseos. La inmensa hacienda primitiva tenía de nuevo un solo dueño.

Recorrían la casa en silencio. Frente al retrato de su padre se detuvo unos momentos y dijo en voz alta:

—Ya estamos juntos, padre. Ustedes y mis hijos. Juntos siempre.

Caminó después a la ventana y la abrió de golpe al sol, que cayó sobre ella haciéndola aparecer dorada y fuerte. El marido contempló sus grandes ojos sonrientes, el pecho hinchado y hermoso, y pensó con orgullosa pasión: “¡Es como un gran árbol protector!”

En la tierra recuperada corrió el agua y cayó la semilla. Llegaron más hombres y mujeres, que fueron más brazos y trabajo en sus potreros. Por el “camino real” apareció, como tantos años atrás, el caballo del patrón al galope corto y revisor. A su lado, muchas veces, la patrona cabalgaba obscura en su ropón junto al poncho de castilla y al pantalón rayado del marido. Otras, doblando la curva a la avenida

de álamos, hacia las casas antiguas, entraba el landó con su carga de niños y la madre sonriendo a las preguntas y los gritos infantiles. A su paso se erguían los torsos inclinados y la mano dura del peón dejaba la herramienta para coger el sombrero y descubrirse.

La señora apoya la soberbia cabeza blanca en el respaldo del sillón. Esa misma tarde no quiso dar su paseo habitual. Hace un par de horas vio desde la galería llegar al hijo de Víctor, cochero también, detener los caballos y quedar de pie y a la espera. Miró con cariño el coche de bronce relucientes que allí en la hacienda jamás había querido reemplazar por el automóvil y trató de incorporarse. Pero no tenía ánimo. El cansancio la ataba al confortable sillón y los recuerdos poblaban los caminos al acecho de su paso. Algunos potreros llevan el nombre de sus hijos o de sus nietos. Otros, el de ciertas fechas inolvidables. Cada campesino que topa es una prolongación de carne que ha aprendido a obedecer por generaciones y que,

al descubrirse, sigue mostrando el mismo rostro curtido, obscuro, hermético.

No tiene fuerzas. Prefiere quedarse allí, con sus pensamientos en el pasado, esa tarde, más intenso que nunca.

Una de las empleadas se inclina para rodearle los hombros con un chal. La deja hacer sin pronunciar palabra y la mujer se marcha en la punta de los pies.

En la inmensa casa no se oye un ruido. Sus hijas con los niños han vuelto a la ciudad. Pilar, la menor, soltera de treinta y tres años, de cuerpo pobre y delicado, debe estar en el parque interior con sus amigos, junto a la piscina. No puede evitar un gesto de rechazo ante la conocida escena cerca del agua. Sobre una mesa, cigarrillos y licores. En el aire, entre el humo, los comentarios. Prefiere mantenerse lejos y encontrarles a la hora de comida, cuando las mujeres han cambiado sus absurdos pantalones por faldas y han dejado cigarrillos y licores lejos de la mesa que ella va a presidir.

Siempre aguardan su llegada de pie y en silencio. Pero es un silencio que le desagrade, lo intuye hostil entre los extraños,

y cuando el mozo retira el sillón frente al sitio que ocupó su marido, tiende sobre el largo mantel una mirada desolada. Acostumbra inclinar la cabeza hacia el que tiene el privilegio de estar más cerca, para formular alguna frase dictada por la cortesía, y luego vuelve a su propio silencio como a un refugio. Ya no distingue bien las voces exteriores, sus oídos están llenos de exclamaciones lejanas y queridas. Suele, entonces, olvidar el presente, para ausentarse de comidas y momentos ajenos y sin interés.

—¿Nos vamos a Santiago?

La frase de la hija mayor resuena otra vez en sus oídos.

El resto de sus hermanos levanta los rostros sorprendidos.

—¿Nos vamos a Santiago?

Frente a ella, su marido le envía una mirada llena de melancolía para contestar:

—Este año, en marzo, la mamá se irá con ustedes a la ciudad. Yo los acompaña-

ré a instalarse en la nueva casa, pero tendré que volver al campo.

Algarabía y diferentes proyectos se cruzaron por la mesa. Sobre las voces de los niños, ellos mantuvieron su puente unido de tristeza. Aquella noche volvieron a conversar de la necesidad impostergable de llevar a los mayores al colegio y preocuparse de la educación y relaciones de las muchachas. Ya no bastaban para ello las institutrices que trajeron al campo. El mundo de sus hijas debía agrandarse dentro del marco correspondiente a familia y fortuna.

Eran los últimos días de febrero y el calor se mantenía en el aire. Salieron a caminar por el campo cogidos de la mano. En la casa todas las ventanas se habían apagado y el silencio estallaba en grillos y estrellas. En ese silencio se abrazaron olvidándose del tiempo.

La casa en la ciudad, con sus numerosas ventanas abiertas a la calle, guardaba para ella un refugio en el interior, un enorme jardín con árboles y surtidor de agua

en donde iba a sentarse escapando al ruido exterior que se colaba siempre a través de algún balcón entreabierto por la mano curiosa de los niños.

Los muros que separaban la mansión de las casas de sus vecinos eran altos y comenzaban a cubrirse de hiedra. Metida entre ellos, a pesar de la gran distancia entre unos y otros, se sentía cogida y enterrada. Caminaba conversando con sus hijos y en medio de una frase quedaba, a veces, en silencio, tocada de pronto por la visión de un hombre alto y corpulento solo por la avenida de álamos. Su pensamiento se marchaba tras él y la mayor de las muchachas comentaba en voz baja:

—Mamá se fue al campo.

Pero ella volvía pronto a la realidad de esa casa que exigía gastos y preocupaciones con sus hijas, que ya sabían de vestidos, los adolescentes y sus amigos en almuerzos interminables, la numerosa servidumbre y el problema de coches y caballos.

Una noche, después de comida, encerrados en la pieza que le servía de escritorio, el marido, de paso por la ciudad, le co-

municó que pensaba contratar un administrador:

—Me resulta terriblemente cansador recorrer la hacienda, aunque tengamos una casa en cada extremo. Además, creo que debo pasar más tiempo con ustedes. Las niñas están creciendo y pronto habrá que pensar en recibir y acompañarlas

Esas palabras le parecieron razonables, pero su corazón se golpeó contra ellas: “Un extraño viviendo en nuestra tierra”.

Sin embargo, aquel rechazo desapareció cuando pudo tener al marido más tiempo consigo. “Además —se dijo—, todo está organizado y distribuido.”

El campo, que había sido un generoso abastecedor de necesidades, sería desde entonces un generoso procurador de satisfacciones. Porque era cierto, los niños crecían.

La señora sale de sus recuerdos para sonreír a un muchachito que en ese momento pasa más allá del parque, pegado a las rejas, en actitud de ensimismado respeto. No le distingue el rostro, pero eso ca-

rece de importancia. Es uno más de los suyos. El muchachito se ha detenido frente a ella. Su cabeza no alcanza la altura de la reja y aparece muy pequeño bajo el hierro que lo recorta.

La señora tiene un estremecimiento: "Sentirá hambre. No, no puede ser; aquí en la hacienda todos trabajan".

Su pensamiento se tiñe del rojo usado por algún desconocido para escribir en los muros de su casa en la ciudad: "Gobernar es educar" y otras frases semejantes que no recuerda exactamente. "¿Qué es lo que desean?"

Vuelve la cabeza hacia el costado del parque, en donde se levanta la capilla, y se siente tranquila. Hasta allí llegaban siempre las misiones traídas al fundo desde el primer año que tomó posesión de sus tierras y domingo a domingo venía el cura para hacer clases de catecismo y lectura. Además, hacía tres años tuvo que ceder una de sus instalaciones para escuela fiscal, contribuyendo, entonces, con muebles y escritorios. No se opuso y ayudó al Gobierno. Pero ¿quién respondía de la calidad moral del profesor que llegaría

a educar a la simple gente del campo, a sus campesinos tranquilos que confiaban en Dios?

Piensa con disgusto en la maestra joven y silenciosa a quien jamás veía en misa, y recuerda que una vez la invitó a tomar el té. Sentada enfrente suyo se veía incómoda y tensa. A pesar de mostrarse amable e interesada, no obtuvo más que monosílabos. "La palabra que usan en estos casos es resentimiento. Una muchacha resentida, eso es."

"¿Nada más?" Se examina como antes de la confesión. Frente a ella el niño ha desaparecido. No sabe contestarse y siente miedo. Miedo es una sensación desagradable y terrible. Lo experimentó por primera vez aquella noche que su marido no llegó a comer y pasaron las horas sobre su inquietud primero y luego sobre su angustia. Muy tarde apareció un amigo a buscarla. El se había sentido mal cuando salía del Club de la Unión a tomar el coche, y su deseo, repetido en el sopor de la inconsciencia, fue el de no asustarla:

—Ya pasará, ya pasará. Esperemos —decía.

Su mujer llegó junto a él y sin un grito se aferró a su cuerpo. El abrazo duró hasta la madrugada, cuando un poco de color tiñó las mejillas apagadas. Con infinito cuidado se hizo el traslado desde el Club a la casa y al gran lecho común. No se separó de él un instante. Su miedo hondo y desconocido llamó y pagó los mejores especialistas, transformó en capilla el dormitorio, ayunó y entregó donaciones. Sus hijos la vieron convertirse en una delgada sombra que vivía anticipándose a las enfermeras y velando junto al esposo, derrotada a ratos sólo por el sueño.

Pudo así retenerlo varios meses y pudo verlo recuperar el total dominio de sus ideas. Una tarde conversó con ella sobre el futuro de la hacienda y los bienes acrecentados :

—Creo que el más indicado para la administración del campo es nuestro yerno, ya que Bernardo la rehusa y, por ahora, no tenemos otro hijo que se encargue de ella. El muchacho quiere surgir y hacer fortuna propia. Para eso tendrá que manejar bien la nuestra, que le dará apoyo. Yo y después tú estaremos tras él.

Pasó, luego, largas horas conversando con el joven frente a los oídos atentos de su mujer. En cierta ocasión tuvo una alegre sonrisa para la familia reunida junto a su cama:

—Yo no tenía nada y casi nada tengo ahora. Todo lo he puesto a nombre de vuestra madre. Ella me reemplazará si falto, nadie más indicada ni más digna.

La señora no ve los árboles del parque. Como entonces, y cada vez que lo recuerda, el dolor es un torrente que viene de las entrañas, se vuelca por sus ojos y el mundo desaparece en una cortina densa de agua amarga.

El mundo desapareció para ella cuando él se acabó. Fueron meses en que nadie tuvo acceso a su dolor. Noches de soledad en que se metía al lecho a buscarlo en sueños y el sueño no llegaba, se convertía en pesadillas de las que despertaba a la realidad en un alarido que estremecía la casa y aterraba a sus hijos.

Una mañana, caída sobre la cama, sintió sobre los dedos una suave tibieza.

Abrió los ojos. El sol se escurría por las cortinas semicerradas y alumbraba sus manos, más blancas que el hilo de las sábanas. No hizo un movimiento. Recordó cómo él las había besado después de cada parto y cómo a ellas estuvo cogido hasta su último instante. El sol las hacía de una transparencia luminosa y a través de sus venas se fue deslizado por su cuerpo en una onda de bienestar casi olvidado. Reposó así, como en un baño tibio, hasta que aquella sensación reparadora la incorporó en el lecho. Las cortinas sonaron sobre la barra de bronce en una protesta de semanas.

Abajo, en el jardín, sus hijos menores alzaron la mirada sorprendida al balcón abierto y a la figura de la madre que aparecía clara en la mañana. La vieron entrecerrar los párpados y luego quedarse inmóvil y serena con el rostro vuelto al cielo.

Todo se hizo de acuerdo a lo pensado por el marido en aquellas interminables tardes de su enfermedad dentro del cuerpo derrumbado.

La señora se trasladó a la hacienda en compañía de su yerno y de Bernardo. Con

ellos y el antiguo administrador fue recorriendo cada rincón y metiéndose en cada detalle de las casas y libros de control. Las preguntas que le fueron formuladas recibieron su respuesta inmediata, porque cada pregunta correspondía a un hecho conocido y realizado anteriormente en común. Nada quedó sin ser especificado y entregado por su mano diligente. Cuando terminaron aquella visita, la señora tomó asiento y se dirigió a su yerno:

—Ahora conoce todo. De todo me responderá.

Y con un gesto de ausencia que ellos conocían mostró sus deseos de quedarse sola. Los oyó retirarse en silencio.

Sobre la casa cayó pronto aquella noche de invierno. El viento golpeaba los cristales, más sordo en la obscuridad, y la lluvia no acudía a aliviar el cielo espeso.

Anduvo a través de las enormes piezas vacías hasta llegar al extremo en que se unían con la capilla. Salió al viento. Las ventanas del pabellón de la servidumbre filtraban la luz vacilante de las lámparas a parafina. Pensó llamar en la puerta de

ellos, pero se detuvo. ¿Qué les diría? ¿Que pronto vendría a vivir allí la joven pareja de patronos?

Permaneció detenida. ¿Para qué? Tenían que obedecer igual. Después se rió de sí misma. No era eso. Era soledad. Hubiera deseado llamar a esa gente que conoció y rodeó su vida, que acompañó y celebró las hazañas infantiles de sus hijos, y pedirles que entraran en la casa, que movieran los muebles estáticos, que hicieran sonar la porcelana en el comedor y espantaran la tristeza en que se estaba convirtiendo el presente de todo aquel pasado feliz.

La luz de la lámpara a parafina llenó el hueco de la puerta que se abría y uno de los mozos apareció cubierto por una manta. Caminó hacia ella y cuando a pocos pasos se detuvo, frente a la figura alta y enlutada distinguida de pronto, tuvo una exclamación de sorpresa y preocupación:

—¡Señora, puede enfriarse!

Ella aplastó su deseo de comunicación y contestó en voz clara:

—No me pasará nada. Iba a la capilla. Toma las llaves y abre la puerta, espero en-

contrar todo limpio y ordenado por dentro.

El frío y la humedad que exhaló el recinto en un aliento pesado y denso la detuvieron un minuto. Después entró, cruzó los bancos y reclinatorios hasta llegar a sentarse cerca del altar. Tras ella, el hombre subió las gradas para encender algunas velas. Las sombras de los objetos se movieron unos instantes sobre el piso de baldosas y luego recuperaron sus formas nacidas a la claridad amarilla del sebo.

Miró el Cristo sobre el Tabernáculo y levantó los ojos al techo. El cielo del recinto le pareció alto, demasiado alto y negro. Incluyó la cabeza sobre el pecho en un gesto abandonado y se sumió en sus pensamientos.

Había producido desencanto en su hija mayor la determinación de los padres de que la ceremonia religiosa del matrimonio se efectuara en la capilla del fundo:

—¡Pero, mamá, es tanta la gente que debemos invitar!

—¿Debemos?... Fuera de tu familia, la del novio y unos cuantos amigos, no existe ninguna obligación. En la otra casa

se alojarán los que vengan y por la mañana asistirán a la iglesia. Eso es todo.

No era todo. Ella no aprobaba aquella unión, aunque nada dijera al respecto. El muchacho era buen mozo, inteligente y perspicaz. Su marido, el día que lo trajo al campo, comentó para ella:

—Es listo, llegará lejos.

Eso era lo que rechazaba. Miguel aprovechaba demasiado las gratuitas cualidades que recibiera del cielo: hermosa presencia, atracción y olfato. La señora se agitó en el asiento de la capilla. Olfato. No tenía posición social ni fortuna como ellos. Exactamente lo que dijo respecto de él una de sus primas el día del cambio de argollas:

—Clarita pondrá el betún y el lustre, él aprovechará el brillo.

Su hija estaba entusiasmada y el padre no opuso resistencia:

—Este muchacho bien dirigido y apoyado será valioso.

Fue así. Nada podía reprochársele. Atento, cariñoso y trepador. Cuando le propusieron la administración de la hacienda

dejó sin vacilar un buen puesto en una firma importadora. Pero la señora seguiría las palabras del marido: "Dirigido y apoyado". Por lo menos en los asuntos que a ella se refirieran. "Es una desgracia que esta gente que entra a la familia no sea elegida por los padres", había pensado.

Pero no dedicó más tiempo a consideraciones molestas ni se detuvo en el recuerdo del resto de sus hijos. Allí, en la penumbra y el silencio, las imágenes se desdibujaban, de ella misma no quedaba sino la sensación de existir. Ella era. Los otros se irían formando en el camino. Todos estaban dotados para recorrerlo en buenas condiciones, aun su hija menor. Y llevaban su sangre y su ejemplo. Debería descansar, se sentía agotada y débil.

Se siente agotada y débil. El foco eléctrico ilumina la reja y los árboles. Ha dormitado unos momentos y despierta en la noche. La tarde apacible de marzo se esfumó sobre la hacienda. Pasos que vienen la mantienen atenta. No vuelve la cabeza

a la voz conocida del mozo ni a la silueta de la empleada detenida a su costado.

—Está servida la comida, señora.

Dos manos la ayudan a incorporarse. Nota que le cuesta mucho hacerlo y permanece unos segundos recogiendo fuerzas. Luego, apoyada en la mujer, camina hacia el interior de la casa. Antes de entrar en el *living*, da una última mirada al parque.

La mesa espera detrás de las puertas abiertas y la educada sonrisa de los invitados. Alguien se adelanta a reemplazar a la sirvienta y un brazo de hombre la conduce a su sitio. Debería caminar sola como todas las noches y no aceptar esa ayuda. Pero está demasiado cansada. Frente a ella, en la otra cabecera, se sienta su hija. Las voces se espesan en ese extremo. Tiene un sobresalto. ¿Quién le hace una pregunta?

Rechaza la bandeja que le ofrece el mozo y pide agua. Le molesta el ruido de sus dientes al chocar contra el cristal del vaso. Nota miradas atentas y sorprendidas. Baja las manos hasta su falda y se queda

muy quieta. Mañana hará telefonear a su médico y guardará reposo. La comida prosigue lentamente bajo la gran lámpara de hierro. Todos se mueven y se inclinan para comer y conversar. Los minutos comienzan a arrastrarse sobre su malestar en aumento. Llamará al médico y lo hará venir. Quiere levantarse, sin ser notada, sin que docenas de ojos la sigan hasta la puerta, para ir a botarse sobre el lecho a oscuras. Esa angustia que sube desde el vientre a la cabeza desaparecerá con el sueño.

Rechaza el postre y vuelve a pedir agua. Transpira. Los calores se mantienen en marzo. Su mano se niega a subir hasta el vaso. Tiene miedo. En un esfuerzo desesperado se pone de pie. Oye el murmullo confuso de voces y sillas que se retiran y dice, pronunciando penosamente las palabras, a su hija, que acude alarmada:

—Estoy bien, pero quiero descansar.

Cogida por la joven, avanza hasta la puerta. Pasado el umbral, sus piernas dejan de pertenecerle, ya no las siente. Se detiene en una bruma espesa que nace con un ruido agudo que traspasa los oídos. Es-

cucha un grito de mujer y cuatro brazos la sostienen. La obscuridad apaga las luces y devora la casa.

Antes de abrir los ojos la vida comienza a percibirse en una corriente tibia que asciende desde un extremo de su cuerpo y que a su paso va dando vida, formando el vientre, el pecho, la garganta. Llegar a la boca y en una oleada impetuosa se derrama en sus mejillas. Los párpados nacen cuando puede abrirlos.

Dos rostros que tiene encima golpean sus pupilas tratando de tomar nombre. Ojos ansiosos que la observan. Puede sostener el peso de aquella inquietud desde la indiferencia del letargo. No trata de hablar y deja rodar una mirada hasta abarcar toda la habitación. En un extremo alguien conversa. A los pies de su cama una mujer vestida de blanco permanece en actitud paciente. Va emergiendo poco a poco a la conciencia, sin apuro; el tiempo queda inmerso en el sueño que ella abandona.

La mujer de blanco se acerca y cruza

con la mano su muñeca, mientras la mira atentamente. No le importa ser observada, ni la agitación que muestran los que están en el cuarto. Sólo quiere tener abierto el ventanal para prolongarse hacia afuera e incorporarse a la tierra que aguarda tras los postigos.

—La ventana —dice en un murmullo.

Varias manos cumplen la orden y la luz entra de golpe haciendo los objetos. Pero ella no permanece en la cama tendida e inútil. Se marcha sobre el pasto húmedo y sus brazos se agrandan hasta abarcar el campo de "casa madre" a "casa nueva", de portón de entrada a la cordillera. El sol no desaparece todavía y la ayuda a extender la mirada sobre cada casita blanca a la cal, sobre cada canal construido, sobre los magníficos ejemplares vacunos que se multiplican mejorando la raza en leche, carne y vigor.

Ella y su marido lo han hecho todo. Ellos, que obedecieron la gran voz que se hacía oír desde antes de ser. La orden cumplida también por sus padres y los padres de sus padres sobre la tierra caliente y salvaje. Han cumplido su parte en la ta-

rea. A ellos les correspondió completar la obra más allá de la ciudad.

La voz que ahora oye tiene el tono metálico del encierro, habla entre cuatro paredes, junto a su cuerpo. Dice:

—Podremos llevarla a Santiago.

“¿A quién se referirán?” Son curiosas esas figuras verticales, que disponen de alguien que estará indefenso. En un estremecimiento repentino vuelve a preguntarse: “¿A quién se referirán?” Hace, entonces, un esfuerzo y murmura, oyéndose metálica también:

—¿Quién va a Santiago?

Hay cierta confusión de palabras hasta que de ellas brota una frase dicha suavemente:

—Creemos que es mejor para usted volver a la ciudad.

“¿Irme?” Algo como un mazo comienza a golpear en su pecho y el golpe se extiende, se propaga a todos los miembros de su cuerpo y retumba más allá de la ventana:

—¿Irme? —Su voz se trepa a tonos agudos. Las figuras se agitan rodeándola y una de ellas murmura:

—Cálmese. Nada se hará sin que usted lo consienta.

Los labios de la señora se mueven para decir:

—Me quedo aquí.

El silencio vuelve a llenar el cuarto. Junto a la enfermera se turnan los hijos reunidos en su mayoría por el llamado urgente de la menor. Los médicos son traídos a la hacienda y bajo sus órdenes se organiza una posta de emergencia dentro de la casa. Nadie se atreve a contrariarla y ella permanece en el lecho tendida en medio de sus tierras.

Sobre el campo ha caído la noche. Nada queda en pie o en su forma concreta. Tierra y espacio son una masa negra y compacta en donde se abren las estrellas.

La señora sumerge los ojos en la obscuridad apenas desvanecida por la luz de la lámpara que alumbra una imagen. Su mirada tropieza con el blanco delantal de la mujer que está sentada cerca de la puer-

ta y que dormita. No se oye un ruido. Las cortinas siguen descorridas y los postigos abiertos. A través de los vidrios, la noche aparece más negra.

Corre los párpados sobre visiones que aparecen de pronto y que se escapan por ellos. Quiere guardarlas detrás de los ojos porque tiene miedo. Son visiones confusas que van pareciéndose a sus hijos y hablan con voces que conoce tanto. Tiene miedo porque se han escapado a su control y dicen palabras que ella sorprendió alguna vez y después no quiso recordar. Sus hijos, muchachos que se hacen adultos bajo su mirada vigilante. Hizo lo que pudo como madre, pero ahora tiene miedo.

Nunca quiso saber lo que ellos traían de la calle escrito en sus semblantes. ¿Cuál fue la realidad, la de dentro o la de fuera? El mazo comienza de nuevo a golpear en su sangre con un ritmo que la ahoga. Se ahoga en un círculo gigante que gira en torno suyo. Luisa la mira después de una escena violenta y terrible. ¿Dónde estará Luisa? Le duelen sus ojos como le dolió la sonrisa buena y alegre de Mario, rígida

para siempre. La muerte a los treinta y cinco años. Le duelen todos. ¿Por qué? Hizo lo que pudo. Callaban frente a ella y no pudieron comprenderla. Los ve desde la infancia a la adolescencia. Le duelen. El mundo llegó hasta las puertas de su casa. No podía abrirlas al escándalo que vislumbró alguna vez ni a conceptos que arrasaban con la autoridad y el respeto. Respeto y autoridad. Así se hizo su clase, así la hizo ella persistir. Pero ahora se ahoga en la noche, y sola. No se reconoce en ninguna de sus hijas. Hay un par de ojos serenos que la miran. Celia. El nombre se escapa de sus labios, es el único que ha podido pronunciar. Y Celia es una extraña a su sangre. Un muchacho reza a los pies de su cama. ¡No quiere morir! Pablo, es Pablo, el hijo de Octavio, su nieto. Respira. El círculo se aprieta de nuevo. Sus hijos esperan, esperan. ¿Qué?... La calle entrará por las puertas y ventanas de sus casas y ellos aceptarán todo. Sangre y ejemplo no bastan.

Da un gemido liberador y ve a la enfermera abalanzarse a su cama:

—¡Señora!

Coge un pañuelo y seca su transpiración. Percibe el olor a colonia y a talco. El ritmo de la sangre se aquieta con sus cuidados. Sin apartarse, la mujer presiona el timbre que cuelga a la cabecera del lecho y, en un momento, la pieza vuelve a llenarse de gente. Ya no son simples figuras. Reconoce a los hijos que rodean su cuerpo. Afuera espera la tierra tendida y oscura, a la que va a integrarse con alivio.

Un hombre se inclina atento. Reconoce al cura, anciano también, que desde el primer tiempo viniera a la capilla. Sonríe y asiente. Manos blandas ponen óleo en su cuerpo. Todos permanecen de rodillas. No puede rezar y no importa. Dios está en ella. Vuelve a oír la voz querida que dice: "Diez hijos, diez dedos".

Levanta las manos y cruza los dedos en el aire. Mira la carne entrelazada y murmura:

—Unidos.

A la luz de la lámpara el rostro de la imagen comienza a desvanecerse.

LUISA

-**C**REO QUE ésta es la última vez que vengo. Me voy con Antonio en un barco que sale dentro de diez días. Me marchó, huyo del país y de todo lo que significó para mí. No sé si hubo algo grato en mi vida de mujer adulta que yo pudiera recordar. Han sido tan amargos y tan solos. Sobre mi vida pesó mi madre, como si la arrastrara desde la infancia.

Había empezado a hablar sin mirarlo, mientras pasaba al cuarto vecino del escritorio y se sentaba sobre la camilla. Con gesto algo torpe desprendió el sombrero del moño para tenderse. Oyó cómo el médico acercaba una silla y decía:

—Póngase cómoda; tenemos todavía largo rato.

Cerró los ojos:

—Recibí el cable con la noticia de su agonía cuando comía en casa con unos amigos. Comprendí de inmediato que se acababa. Siempre pensé que esa noticia me produciría alivio. Fue tan dura el último tiempo. Pero al leer las dos líneas en el papel, me sorprendí llorando. Era terrible la certidumbre de que tanta fuerza concluiría. Ahora está muerta. Me he librado de ella porque está muerta. Todos se libraron de ella así, cuando los años y las enfermedades terminaron con su vitalidad.

La voz del médico a su espalda dijo lentamente :

—Leí en la prensa un largo artículo sobre la señora.

—Salí del departamento a su casa. Había bebido algo y eché a andar por la calle en una pesadilla de recuerdos en los que se movían viejos momentos de agrado mezclados a todas las violencias recientes. Empecé a caminar y fue como si lo hiciera con mi vida desde la adolescencia. La felicidad cuando nos íbamos al campo por la libertad que significaba moverse dentro

de un hogar de miles de cuadras, en donde todos eran sirvientes leales y propios, en donde no había peligro, según el criterio de mamá. Creo habérselo dicho, doctor, para mí el recuerdo de esos años es el más feliz de todos, tal vez el único realmente feliz. Después, la casa de Santiago, el colegio, *mademoiselle*, mi madre junto a nosotros con el alma metida en la hacienda cerca de papá. Es curioso, siempre me refiero a mamá y yo tenía veinte años cuando mi padre murió y pasaba ya en la ciudad la mayor parte del tiempo, porque no pudo resistir estar lejos y se vino. Vivía para mamá; nosotros no contábamos nunca demasiado para él. Nos acariciaba y decía: "Tienes la misma boca, las mismas manos; tienes la risa de ella o el gesto..." Era su forma de amarnos. No contamos nunca demasiado para papá, como él tampoco significó mucho para nosotros. Mi madre llenaba todos los rincones de la casa y estaba presente, metida en nuestras vidas como un monstruo de mil brazos que debíamos besar en las mañanas y las noches. Besábamos en sus mejillas el poder. La amábamos y la aborrecíamos. Tu-

ve épocas en mi adolescencia en que no podía tolerarla. Si algo le disgustaba, nos reunía en el escritorio y hablaba con su tono definitivo que no admitía réplicas: "Ustedes deben dar el ejemplo en todas partes, mostrarse dignos del nombre y la posición que tienen". Mostrarnos dignos; míreme, doctor, y mírenos a todos. Somos las sobras de lo que ella devoró.

Luisa pensó en el médico con cierta agresividad. Se sentía miserable y dolida en su presencia. Pero estaba allí para hablar y descubrirse. Pasaba el dolor y venía el alivio. "Como en la confesión, que limpia el alma —pensó súbitamente—: como no me confieso, me psicoanalizo. Las dos únicas válvulas posibles a nuestra angustia."

—Cuando empezaba a pensar que huir con un hombre sería la forma de casarme a gusto, conocí a Felipe, que tenía todos los atributos para que a mamá le gustara. Me casé con su consentimiento; todas lo hicimos así; todas, menos Pilar, a quien no pudo colocar. Eramos un espléndido partido. La mayoría siguió siéndolo hasta

hace una semana, en que se convirtieron, por fin, en herederas. Yo también lo soy, a pesar de mi madre, seguramente, y desde su punto de vista, con razón. ¿No le parece? Pensé que terminaría por desheredarme. No lo hizo y no lo entiendo. Rompí un asunto matrimonial que me hartó, dediqué mi tiempo a la poesía; entonces comencé a escribir usando mi vida y mi experiencia como temas, dando escándalo, escapando por cualquier puerta a todo lo que significara mi clase. Hace un par de meses vi a mamá por última vez. Me llamó a su casa para arrojarme de ella. En una revista aparecía escribiendo en los muros de la mansión de uno de mis parientes, Ministro de Estado: "Pan, Techo y Abrigo". Fui sorprendida por el fotógrafo de un diario, que no perdió tan buena oportunidad para un artículo en esta época de elecciones presidenciales. Salí retratada al día siguiente con nombre, apellidos e historia. ¿Lo leyó usted, doctor?

El médico contestó a su espalda:

—No, ni oí a nadie hablar de eso.

—Eran meses desesperados. Antonio se había marchado y yo buscaba alivio en

cualquier forma. Traté de volverme hacia alguno de los míos, pero no encontré nada, salvo el fastidio. Espiaban, para aceptarme, las reacciones de mamá, que se mostraba conmigo aparte y fría. Nada me unía a mis hermanos, salvo el deseo y la espera de librarnos de ella. Traté de acercarme a la serenidad de Celia, pero nuestras vidas son tan diferentes que nada tenemos en común. Aunque ha sido la única en interesarse y alentarme como poetisa, hay en ella un deseo de justificar la vida que rechazo, me llena de contradicciones, me resulta intolerable, más intolerable aún porque de todas nosotras es la única que se parece a mi madre. Esta ironía hizo que mamá se alejara de sus hijos para dedicarse a los nietos. El día que sentó a la mesa, a su lado, al nieto mayor, me despedí para siempre de los almuerzos en familia. Estábamos dejando de existir. Antonio se había marchado y yo quería extinguirme a gusto. Conocí gente diferente, la poesía se usa en ciertos círculos como gancho para trepar. Es así, doctor. Para ésos yo estaba en la copa del árbol de sus sueños. Pero es imposible entenderse entre

quienes parten a la vida en signo menos con quienes están hartos de un signo más. Conocí a muchos y desprecié a la mayoría. Tengo demasiado cansancio para soportar tanta ambición. Recorrí todos los frentes y recibí en todos alguna herida. Hasta oí hablar de reivindicaciones sociales y de justicia. Hablan en plural, se esconden en la masa, huyen de ser uno. No los entiendo, pertenecemos a otro mundo. Pero si por allí va el camino, que no se detengan; somos mucho más débiles de lo que piensan y nos estamos quebrando a conciencia. Después del altercado con mi madre, recordé que Antonio me habló de usted, doctor, y de su especialidad, la especialidad de la época. Fue terrible para mí abrir un boquete al inconsciente amurallado por la educación y el ejemplo, tapiado por siglos de represión. Más doloroso y más fuerte es enfrentarse al psicoanálisis que al bisturí. Algunos de mis hermanos se reunieron para tratar mi caso y la voz cantante la llevó Teresa. Mamá usó, muchas veces para avergonzarme, de la dignidad de Teresa. Su dignidad la conocíamos varios, menos su madre y su marido, aun-

que este miserable no contaba. ¿Y qué importaba eso? Tal vez tuvo razón. Lo aceptó todo en un comienzo y después se hizo tarde para una determinación realmente digna. Las cuentas de arriendo, de tiendas, del colegio del niño, llegaban a manos de Pilar varias veces al año, y mamá pagaba. Para nadie era un misterio. Y mi madre, en cierto modo, lo aceptaba con agrado, porque así podía controlar. Dinero a cambio de obediencia. Esto en mayor o menor grado con casi todos sus hijos. Sólo dos excepciones: Celia y yo. La firme mujer de Mario con sus dos niños y su independencia. Por cierto que en forma diferente a la mía. Ella digna de veras, yo a golpes, con caídas vertiginosas, burlándome de todos.

La voz tranquila del médico murmuró despacio:

—Tenemos tiempo, Luisa, descanse un rato.

Se rehizo con evidente esfuerzo.

—Llegué a casa de mamá, que se veía apagada en la noche. Traía conmigo el recuento de mi vida hecho en esas cuadras recorridas desde el departamento en que

me divertía hasta las puertas cerradas por las que salí tiempo atrás, con mi carga de reproches. Permanecí en la calle mucho rato, la caminata me despejó de la bebida; desde un sitio cualquiera llamé por teléfono a un amigo y a las dos de la mañana partía en automóvil a la hacienda. Crucé el portón amaneciendo. Todo estaba iluminado. Entre gente que pasaba por la galería, vi, en el mismo sitio de siempre, su sillón abandonado. Pasé directamente a la sala en donde descansaba, por fin, de una agonía de tres días. Por Celia, llegada antes que yo, supe de su último gesto, de sus últimas palabras. Prefiero no pensar en ellas, las olvidaré viajando, tengo que olvidarlas. ¡Pobre madre! Construyó tanto para que el derrumbe sonara más. ¡Pobre madre ciega, cerrada, sorda! No quiso abrir los ojos y entrar en la realidad que la rodeaba. ¿Qué hizo de nosotros? La estamos desmintiendo con nuestras vidas. La está desmintiendo todo su mundo, que empieza a hacerse trizas y del que era uno de sus últimos baluartes. Pero ¿me estoy disculpando, culpándola? Idea aterradora que es mejor no hacerse.

Se volvió al médico. El rostro del hombre estaba pensativo. Hubiera deseado cogerse a sus manos y llorar fuerte. Continuó en voz muy baja:

—Me resultaba difícil verla en silencio. Parecía que todo hubiera enmudecido con ella. No pude resistirlo y dejé la pieza. En el cuarto de vestir contiguo a su dormitorio divisé a algunas de mis hermanas y cuñados. Conversaban en voz baja. Supe inmediatamente lo que hablaban. Por fin podían hablarlo. Callaron y esperaron tantos años. Pensé entrar y llamarlos por el nombre que merecían, pero tuve asco. La escena se repitió más tarde en la ciudad. ¿Qué pensarán ahora? La inmensa tierra que ella amó tanto, ¿quién va a defenderla? Será convertida en un montón de monedas miserables para repartírsela mejor. La trajeron a Santiago ese día en la tarde, y yo, como mamá, dejé la hacienda para siempre. Al llegar a mi casa desposeída de todo, Antonio estaba esperándome, como antes de marcharse, como antes de sus remordimientos. Me eché en sus brazos y lloré muy fuerte y muy largo. Me marché con él. Por fin comprendió que nada vale

lo que la propia vida vale y ha salido de su silencio para acercarse a mí. Tengo miedo, es cierto, a esta felicidad que se hace a costa de tanta infelicidad. Acepto el precio que tenga y sus consecuencias. Nos vamos. He dado al abogado de Antonio un poder general para que me represente en lo que ya está viniendo. Pronto comenzará el derrumbe y para lograrlo necesitarán de mi consentimiento. Ya lo tienen, que mis hermanos se encarguen del desastre y que revienten. Ya nada me importa.

Se enderezaba con dificultad. Tenía la gasa del vestido pegada a la piel en el cuello y en los hombros. Cogió el sombrero y caminó a la pieza vecina. El médico la siguió en silencio. De la cartera sacó un espejo para echar una mirada sobre el rostro exhausto. Dijo en forma ausente:

—Mi futuro es un viaje por mar. No quiero pensar en después. Para la mayor desgracia queda siempre la mayor solución.

Sus labios trataban de sonreír bajo los ojos:

—Adiós, doctor, y gracias.

El médico contestó simplemente:

—Adiós, Luisa.

Y se levantó para descorrer las cortinas que cubrían la puerta.

TERESA

CRUZÓ EL espejo la figura de una mujer. Teresa levantó los ojos y pudo ver en la puerta entreabierta detenerse a Luisa y quedar a la espera como si, súbitamente, quisiera entrar al cuarto de vestir. Sólo ella podía observarla detenida en el umbral mientras los otros seguían conversando ajenos a esa atención que llegaba tensa y acusadora: "¿Qué pensará esta loca?"

Quedó al acecho de sus gestos. No pensaba silenciar la charla en familia por temor a una posible interrupción o desagrado. Una de sus cuñadas decía:

—Yo creo necesario hablar con Pilar acerca de las joyas.

Miguel contestaba con cierta ironía:

—Me parece que por ahora tendrán que

contentarse con todo lo que sea pieles, ropa y asuntos personales de la señora. El resto quedará como bienes comunes.

La silueta en el umbral seguía tensa. El rostro resaltaba contra el negro del vestido, intensamente pálido. Teresa acechaba a su hermana, pensando: "Es capaz de tener una crisis de llanto o desmayarse. Cualquiera escena puede esperarse de ella".

La voz de su cuñada insistía:

—Es preciso que las joyas se depositen de inmediato en el Banco. Pilar se ha acostumbrado a disponer de ellas; si pasa el tiempo será más difícil decírselo.

Miguel respondió bajando el tono:

—Primero hay que terminar con esto de los funerales. Mañana los diarios dedicarán un artículo a su memoria y debemos estar todos aquí para recibir los pésames. Entretanto, el abogado de la señora estará encargado de los detalles que abarcan joyas, cuadros, menaje de casa.

—Que todo se especifique bien —insistió alguien.

De los ojos de Teresa la figura de su hermana había desaparecido. Respiró con alivio: "Es una lástima no haber podido

presionar sobre mamá para que la desheredara. Será muy desagradable tratar con ella”.

Se puso de pie y fue hasta el espejo que cubría gran parte del enorme ropero de tres cuerpos. Su figura ocupó el centro del cristal, alta y esbelta. Observó con desagrado que la raíz de sus cabellos crecía en tono oscuro: “Qué descuido más tonto. Debería estar ahora libre de preocupaciones semejantes”.

Se alejó del grupo, que continuaba conversando en voz baja, y pensó bajar al comedor a tomar un poco de whisky. No lo pediría al mozo para obligarse a salir de aquellas habitaciones y dar una vuelta por la casa. Mientras su madre vivió, ninguna de sus hijas casadas traspasó las puertas de servicio. Ninguna de ellas se atrevió a hacerlo. Pero era indispensable echar una mirada a las despensas y los estantes llenos de porcelana y de cristal. Alcanzaría, también, al cuarto de los vinos.

Usó la escalera interior para la servidumbre y tomó el pasillo a las dependencias. Oía voces en sordina de gente que entraba y salía: “¿Cuántos habrán venido?

—se preguntó—. Mañana pondré un mozo en la esquina a contar los automóviles que irán en el cortejo.”

Apoyados en la mesa del repostero, algunos de los empleados tomaban café. Notó que los ojos de las mujeres estaban enrojecidos: “Se les termina el derroche. Habrá que despedir a varios. Nunca entendí ese deseo de mamá de conservar toda esta gente cuando ya no la necesitaba. Con la mitad de ellos le hubiera bastado”.

Permaneció en la puerta mientras los veía ponerse de pie. Uno de los mozos se acercó a ella.

—¿Desea algo, señora?

—Un poco de whisky.

Con un gesto detuvo al hombre, indicándole así que deseaba atenderse sola, y salió del repostero. Hacía mucho tiempo que no se encontraba en esa parte de la casa. La última vez había sido poco antes de su matrimonio.

Una junto a otra estaban cerradas las puertas de las dependencias. Como no recordaba cuál de ellas era la bodega, abrió cualquiera al azar y buscó el interruptor. La luz encendió las botellas y los cajones

alineados en los estantes y en el suelo. Las voces de la servidumbre parecieron detenerse en el umbral. No existían ruidos. Con una sensación parecida al dolor leyó sobre un cajón los cuatro números de una fecha: 1922. Quiso salir de la bodega y cerrar la puerta sobre esa fecha que la asaltaba de pronto, cuando más necesidad tenía de serenidad y raciocinio. No eran momentos para los recuerdos, menos para recuerdos como aquéllos. Trataba de rechazarlos, y al tratar, los iba sacando de las tumbas en donde los sepultara resuelta a olvidarlos para siempre. Quedó detenida en medio de la bodega cercada por ellos, que parecían girar en torno suyo, armados de mil puntas. En cada herida que abrían caía una gota del veneno que dejan la frustración y el despecho.

Oía su propia risa la noche que se casó. Estaba enamorada de su marido, mucho mayor, experimentado y seguro, hermoso además, y rico. Ella se recogía en la cama riendo fuerte para ocultar la timidez y la felicidad. Porque era feliz sintiéndose mujer, a pesar de que imaginara esa noche

más revuelta y más ardiente. Pero no entendía de esas cosas y lo amaba.

Con gesto convulso, Teresa se cubrió los oídos. Su dicha se convertía en llanto, y demasiado pronto.

Aún no nacía su hijo cuando la realidad cayó sobre su vida como el telón final sobre una comedia. El marido amado y seguro exponía a los suegros su verdadera situación comercial, ocultada hábilmente hasta el matrimonio. Todo se confundió para ella en una pesadilla: el nacimiento del niño anticipado por la impresión, el desaliento en el gesto de la señora y el rostro contraído del padre, tratando de suavizarlo todo:

—No tienes por qué preocuparte, nosotros estamos contigo.

El descalabro del yerno se arrastraba hacía bastante tiempo como para intentar detenerlo un día más. Estaba ya a las puertas de un escándalo que ellos jamás permitirían.

Andrés, su marido, pudo responder comercialmente y dispuso para eso del dinero necesario. Sacudió sus hombros y volvió a ser el hombre despreocupado y

alegre, pero en el alma de Teresa estaba muerto.

Ella vio todo en forma clara y brutal. Lo que no alcanzó a comprender se lo explicó el gesto desdeñoso de la familia al dirigirse a su marido. Conoció y vivió la vergüenza con una intensidad que ya nunca volvería a experimentar por nada.

Una noche observó en el espejo sus veinticuatro años y se encontró hermosa, joven y sola. Andrés obtuvo lo que se propusiera al casarse; ahora le tocaba a ella. Se sintió libre de escrúpulos, sana y deseosa de vida, pero no caería nuevamente en la entrega total. El amor era un asunto de glándulas y dinero. Pensándolo vio a su imagen reírse en el espejo. Había aprendido la lección.

Con un suave tirón cerró la bodega. Estuvo un momento parada en el pasillo, sin recordar para qué bajara a las dependencias. El pasado retornaba a su tumba y la calma suavizaba los músculos de su rostro. Salió al vestíbulo serena como siempre, contestó un saludo en forma maquinal y cogió la ancha escalera de mármol.

En el primer peldaño se detuvo y volvió

la cabeza hacia la sala convertida en capilla ardiente. Desde que trajeron a la señora de la hacienda no había vuelto a mirarla. "No tiene objeto —pensó—, he vivido catorce años de su protección y al fin me siento libre. Ya no existe nadie a quien deba gratitud."

Alguien bajaba lentamente cogida al pasamano de hierro. Levantó la cabeza y se encontró con la cara descompuesta de Luisa. Durante unos segundos se fueron acercando sin quitarse los ojos de encima: "Me detesta porque supe manejarla sin estrépito..." Luisa pasó junto a ella sin hacer un gesto. "En el matrimonio es preferible que uno de los dos se muera a que ambos se separen, decía mamá, y como Andrés no quiso morirse, no iba yo a seguir el ejemplo de esa loca. Ha sido una larga espera por la libertad, pero voy a desquitarme".

El cortejo tomó varias cuerdas y el retrato de la señora ocupó un sitio en todos los diarios. Sus hijos, vestidos de luto, recibieron y contestaron palabras de pésa-

me. La casa mantuvo por muchos días el mismo número de sirvientes y la gran mesa dispuesta a todas horas.

Pilar permanecía aturdida y estupefacta. Teresa comenzó a dar órdenes. Las joyas fueron depositadas en el Banco y los muebles empezaron a cubrirse. La casa se diluía bajo las fundas.

Teresa colgó el auricular y se quedó pensativa. Andrés, que había entrado al dormitorio de su esposa, permanecía detenido frente al espejo, esperando el término de la llamada.

—¿Quién era?

—Pilar.

—¿Qué decía?

—Las cuentas siguen llegando a casa de mamá. Me las enviará en un momento más con el chofer.

En el rostro del hombre apareció una mueca.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Y tú, qué piensas hacer?

—Ya conoces mi situación. ¿A qué viene esa pregunta?

—Porque yo, en tu caso, no las haría.

—¿Qué te sucede?

Teresa lo miró largo rato en silencio, sin disimular su desprecio, y contestó despacio:

—Nada.

Andrés se agitó incómodo. Había cogido la expresión sobre el cristal. Pero él no entró al dormitorio para oír frases desagradables y dijo lo que pensaba decir sin titubeos:

—Ya han pasado quince días desde la muerte de tu madre y nadie habla de reunirse a tratar asuntos de la sucesión. Nosotros no podemos seguir en el aire.

—Nadie piensa seguir en el aire. Miguel ha pedido un mes para presentar todo en orden y lo acordamos así, casi en seguida de la muerte de mamá.

—Yo no supe nada.

Ella pasó por alto la observación, pensando, a su vez, en lo que tendría que proponer. Después de un silencio, su marido preguntó de nuevo:

—¿Y qué haremos, entretanto?

—Abriré una cuenta en el Banco y me depositarán cierta cantidad de dinero, la

suficiente para nosotros. Todo a mi nombre. Tendrás que darme un poder general, para manejarla.

Las palabras llegaron como un latigazo. El hombre reaccionó sacudido y furioso:

—No soy un interdicto para que me ignores. ¿Con qué derecho me humillas ante la familia?

—Pero si la familia no ignora nada, querido. Era Pilar quien pasaba las cuentas a mamá y tú no eras un interdicto. ¿Qué diferencia cabe ahora?

—Son los hombres los que manejan este tipo de asuntos.

No pudo tolerarlo, tenía que contestar a tanto cinismo. Lo hizo lentamente:

—Quiere decir que tú nunca has sido un hombre.

Dio un paso hacia su mujer, pero la endurecida y fría mirada de ella lo clavó en su sitio.

—Me darás el poder lo más pronto posible, no puedo atrasarme más.

Y dejó la cama para ir al baño. Pasó junto a él como olvidada ya de lo dicho; levantó la barbilla frente al espejo, examinándose el cuello, y entró al cuarto veci-

no. Cerró la puerta tranquilamente y un segundo después corría el agua de las llaves.

Sin poderse contener, la mano del hombre golpeó la puerta cerrada con un grito impotente:

—Consultaré un abogado, no te burlarás de mí.

La voz de ella contestó alto sobre el ruido de la ducha:

—Deja de ponerte histérico y no molestes.

Cuando salió del baño nadie había en el dormitorio. Abrió las ventanas al jardín y pesó la atmósfera con ojos críticos: "Un hermoso día para verlo. Almorzaremos en el restaurante del cerro, un sitio discreto, y podremos aprovechar lo que resta del verano".

Estaba alegre. Pensó un segundo en la escena ocurrida con su marido y se encogió de hombros: "Tendrá que entregarme el mandato o arriesgarse a un pleito que lo dejará en evidencia ante mucha gente". Mientras elegía un vestido terminó con el asunto diciéndose: "Pediré a Miguel que hable con él y le presente el problema lo

más dignamente posible. Ya que vive en casa, mejor es tenerlo grato”.

Eligió cada accesorio con cuidado. El negro resaltaba contra su cabello dorado y la hacía aparecer nítida y esbelta. Puso una toalla alrededor de su cuello y comenzó a maquillarse.

Bajaba a tomar el automóvil cuando la alcanzó una empleada. Miguel la esperaba en el teléfono. Iba a rechazar la llamada, pero la muchacha insistió en la urgencia mostrada por el señor. Se encogió de hombros con bastante fastidio:

—Está bien.

La voz de su cuñado llegaba tensa:

—Pasa a verme inmediatamente.

Trató de adelantar algo a su curiosidad sin ningún resultado.

—Ya te contaré acá.

En la oficina de Miguel fue recibida por la misma sonrisa hecha de la secretaria. Pasó frente a ésta sin contestar. En el rostro del hombre que se levantaba a saludarla no había sonrisa, sino preocupación:

—Quisiera saber qué te ha ocurrido con Andrés.

Teresa se dejó caer en un sillón:

—¡ Se trata de eso! Le pedí el poder general que necesito.

—Ha estado aquí hace un momento, completamente alterado, para decirme que no piensa dejarse atropellar y que no tiene por qué renunciar a ser tu representante legal.

—Esas son tonterías que debe olvidar. Todo dependerá de cómo presentarle el asunto.

El otro movió la cabeza:

—Esta vez no será fácil. Tratará por todos los medios de imponerse. Reflexiona un poco. ¿Crees que soltará la ocasión?

Ella miró el amplio escritorio de encina, los muebles finamente tallados, las colleras de oro y diamantes de su cuñado y sintió una rabia acumulada de muchos años. Caro pagaban el arrebató de la juventud. Pero eso no tenía remedio y sólo quedaba andarse con tiento. Preguntó en voz alta:

—¿Y tú, qué me aconsejas?

—Primero que nada, esperar. Cualquier movimiento puede sernos perjudicial. Comprenderás que un pleito de separación de bienes o separación de ustedes sería un

obstáculo en estos momentos. Pueda ser que lleguemos con él a una transacción y todo arreglarse así amigablemente. La segunda medida, y tan importante como la otra, es: prudencia, mucha prudencia.

Al decir las últimas palabras despegó su mirada de la mirada fija de Teresa, para dejarla caer con afectación sobre las uñas de sus manos fuertes y cuidadas. Cuando levantó de nuevo los ojos, su cuñada caminaba hacia la puerta. La alcanzó y antes de abrir trató de sonreírle:

—Ten calma y paciencia, por favor.

Apenas movió los labios:

—Pierde cuidado.

Las rejas del ascensor corrieron encerrándola con su angustia. Descendía. Avanzó a la entrada del edificio en busca de más aire y estuvo allí respirando ansiosamente. La gente pasaba junto a ella y aquel movimiento continuo se convertía en mareo. No quería pensar en toda la tolerancia que debería mostrar. De nuevo tenía que postergar el encuentro. Otra vez las circunstancias chocaban contra su deseo. Pasarían muchos días antes de verlo.

El automóvil cruzó la reja abierta por

su hijo, que también venía llegando. Mientras colocaba el coche, lo vio acercarse con su cabeza amarilla al sol y deseó gritarle que lo amaba. Y lo amaba más porque sólo a ella se parecía. Nada tenía en común con la belleza trivial y liviana del padre. En el fondo de su expresión estaba contenida su misma firme voluntad. Caminaron juntos a la casa, conversando alegremente, pero la molestia seguía pesando sobre sus ideas. Ya terminaría aquello y vivirían solos, definitivamente solos, en el alegre chalet rodeado de jardines. Aquel intruso que estiraba la mano sobre su fortuna sería puesto de lado al menor precio posible y quedarían libres de su presencia para siempre. Pero había que usar de paciencia. Tener que tolerarlo la llenó de pronto de un odio súbito, intenso, que crispó su mano colocada en el brazo del niño. Aquel sentimiento creció en amargas oleadas cuando al pasar por el vestíbulo divisó los palos de golf, el jockey y los guantes.

Volvía el mareo. Besó al muchacho y se cogió al pasamano:

—Ya vengo, Martín; espérame en el comedor.

Subió con esfuerzo cada peldaño. Frente al dormitorio de su marido estuvo un momento detenida. Deseó entrar violentamente, abrir las ventanas y arrojar hacia afuera los sombreros enhuinchados de distintos tonos, las camisas hechas por docenas, su propia fotografía que sonreía vestida de noche durante su viaje de bodas en París. Arrojarlo todo, limpiar de su presencia aquella pieza que ocupaba gratuitamente en la casa de ella. Mordiéndose los labios, dijo fuerte:

—Paciencia y tiempo.

Durmió una larga siesta después de almuerzo y el vientecillo de otoño que entraba por los balcones abiertos terminó de apaciguar su molestia. Ordenó poner champaña en el refrigerador, dispuso una excelente comida y pidió hora en la peluquería. Esa noche tenía que lograr sus propósitos y obtener el mandato, borrar momentáneamente los años de distancia y recelo que se levantaban entre ella y Andrés. Empezaba, pues, a trabajar por su autonomía económica, aunque ello fuera duro.

Mientras la peinadora le cepillaba el ca-

bello, examinó su cutis prolijamente frente al espejo. Pequeñas y profundas arrugas en el ángulo exterior de los ojos y ciertos surcos casi invisibles enmarcaban la boca. Necesitaba vitaminizar los tejidos que se relajaban. Tuvo un gesto de impaciencia: "Y no podré verlo todavía, con la falta que le hace a mi piel..." Deseó con fiebre un encuentro. Mientras volvía a su casa pensaba en la forma de combinar algo sin peligro. Se juntaban en el pequeño departamento de un respetable edificio frente al parque. El lo había propuesto así, luchando con su timidez, y ella aceptó de inmediato. Era lo más seguro y lo más discreto. Sonrió al recuerdo de sus veinticinco años y a su admiración abierta de muchacho, la noche que lo conoció. La misma noche en que resolvía terminar con un viejo asunto de muchos años. Aquella admiración vital y joven fue el punto final para su antiguo amigo. Se aburría con éste; desaparecida la magia de los primeros encuentros, sólo persistían los frecuentes accesos de celos porque ella solía recordar en voz alta la reflexión que se hiciera muchos años atrás: "El amor es un

asunto de glándulas". No le interesaba comprometerse demasiado ni dar pie a comentarios. ¿Qué hubiera dicho su madre? Bastante sufría con los escándalos de Luisa.

Con el muchacho, en cambio, era ella quien manejaba el asunto, convirtiéndolo en un escape de placer y juventud. Pero tenía que poner tiempo de por medio hasta ver que las cosas se aclararan. ¿Qué planearía su marido?

Volvió a examinarse el cutis. Ya se las arreglaría como fuera para verlo en cualquier minuto. El la esperaba todas las tardes en el departamento un par de horas, según lo convenido; como fuera, tenía que verlo.

Teresa volvió en calma a su casa. Pasó a la cocina a dar su aprobación a lo dispuesto y subió a cambiarse de ropa.

Abría una botella de whisky para preparar un cóctel cuando sonó el teléfono. La voz de la empleada contestaba:

—Está bien, señor; buenas noches, señor.

Antes que la mujer subiera, una rabia sorda daba la noticia en su cabeza: "No

vendrá a comer". Preparar ánimo y estómago para que él se diera el lujo de avisar que no vendría. La ira golpeaba fuerte ensordeciéndola, y la botella empezó a temblar con sus manos. Torpemente echó licor en un vaso y lo bebió de golpe. Repitió el gesto varias veces hasta sentirse mejor. Un cálido bienestar se extendía hasta sus pensamientos: "¿Y si fuera hoy al departamento?"

El reloj de pie marcaba las ocho y media. Hasta las nueve estaría esperándola. Bastaba resolverlo en un minuto para reunirse con él. Corrió al dormitorio. Abría el cajón de la cómoda para cambiar de guantes cuando su mano encontró la forma dura y fría del revólver. El revólver de su padre, que lo acompañara en sus viajes al campo y que ella conservara desde su muerte. Las palabras de Miguel se repitieron en el silencio del dormitorio: "¿Crees que soltará la ocasión? Prudencia, mucha prudencia".

El alcohol corría animoso por sus venas: "Lo veré de todos modos, pero voy a protegerme".

Encendía velas sobre la mesa servida. Habían pedido una espléndida comida para celebrar aquella noche que llegaba después de tantas noches a la espera. Las pequeñas llamas oscilantes dieron vida y encanto al pequeño cuarto abierto sobre el parque en un amplio ventanal que en esa época lo hacía asemejarse a un gran cuadro de otoño.

El muchacho la veía inclinarse y trabajar con gestos seguros y graciosos. Estaba en silencio porque estaba feliz. Nada anterior fue parecido a esa felicidad. Ella lo veía tendido en el sofá y sabía que la amaba. Era distinto también a cuanto experimentara en el pasado. Satisfecha la pasión, permanecía entre ellos una ternura que la llenaba de placer. El temor desaparecía y volvía a tener veinte años.

Sonaron pasos y voces que salían del ascensor. Después, silencio y paz que entraban del parque.

Les pareció de pronto que los pasos volvían y el murmullo de voces terminaba frente a la puerta. Quedaron tensos y mudos. Alguien metía la llave en la cerradura. El joven saltó del sofá y cogió su

mano. Permanecieron rígidos mientras la llave giraba y el pestillo colocado por dentro resistía el primer empujón.

Miró el rostro demudado de ella y se recuperó con esfuerzo.

—¿Quién es?

Una voz de hombre dijo con la boca pegada a la madera:

—Soy yo, Teresa; abres enseguida o echamos abajo la puerta. Tengo un testigo.

La boca pegada a la madera no quería escándalo ni temblaba de ira. En un segundo, la mujer cogida en el departamento como en una trampa comprendió el propósito que empujaba la escena y todo su raciocinio quedó sumergido en una rabia frenética. El miserable no saldría esta vez con la suya. Soltó la mano de la firme presión del muchacho y fue al dormitorio. Levantó la cartera caída junto a la cama deshecha y volvió al *living*. Un segundo empujón remecía la puerta. Contagiado por su entereza, murmuró a su oído:

—Podía suceder y lo sabíamos. No te preocupes, yo estoy aquí.

Pero Teresa tenía una mirada descono-

cida que lo inmovilizó. La vio avanzar y colocarse frente al umbral. Con voz cargada de desprecio, dijo en voz alta:

—Márchate; si entras te mato.

En el mismo tono anterior, bajo y medido, recibió la respuesta:

—Abre enseguida. Ya tendrás que razonar.

La puerta no resistió la tercera embestida y Teresa lo tuvo frente a ella enrojecido por el esfuerzo. La débil luz de las velas iluminaba en su rostro el odio y el triunfo.

Teresa levantó la mano con el revólver y borró esa expresión con tres balazos.

BERNARDO

EL PORTAZO retumbó en el dormitorio y Bernardo despertó sobresaltado. Gruesas cortinas corridas sobre la ventana dejaban la pieza en penumbra. "¿Qué hora será?"

La pregunta venía desde el fondo del olvido. No recordaba nada. Trató de incorporarse y la cabeza no obedeció a su voluntad. El cuello permanecía sujeto a la almohada. Quedó entonces botado en una semiobscuridad que le hacía olvidar el cuerpo y desligarse de cualquier pensamiento inmediato. Hubiera continuado así toda la vida, sin mayores deseos ni angustias.

La puerta se abrió de golpe y sus ojos se deslizaron hasta una figura de mujer

que se iba dibujando más nítida a la luz del día que entraba con ella.

“Ojalá Beatriz no grite demasiado”, se dijo, haciendo un esfuerzo mental.

La mujer seguía inmóvil y tensa en el umbral. De pronto se arrancó a la pasividad y al silencio para entrar ruidosamente. Las cortinas corrieron apuradas sobre los rieles y el sol se metió por las pupilas del hombre, que reaccionó con un gemido, escondiendo el rostro bajo las sábanas. La voz de Beatriz llenó la pieza y se volcó por el resto de la casa:

—¿Qué celebrabas anoche? ¿La muerte de tu madre, acaso? ¿Sabes lo que decían todos? “Esperen que desaparezca la señora y éste se echará a rodar.”

No tenía ánimo para réplicas. Algo parecido a la desesperación comenzaba a inundarlo. Aquellos gritos lo arrancaban de su agradable sopor y la realidad caía sobre él aplastándolo en la cama.

—Hace quince días que somos ricos y aún no vemos un peso. ¿Te han llamado para alguna reunión en familia? Nadie te consulta para nada y nos presentarán los

hechos consumados. Tú aceptarás, como siempre, y quedaremos últimos en todo.

“¡Dios mío! ¿Por qué no la haces callar?” Trató de hacerse oír recurriendo a su voluntad para decir penosamente:

—Déjame un momento, voy a levantarme. Ya hablaremos.

—¿Que te deje? Debí hacerlo hace veinte años, pero como ahora es tarde para eso, me escucharás en todo lo que se relacione con dinero. No permitiré que la herencia de mis hijos se haga sal y agua en tus manos. ¿Comprendes?

—Comprendo todo. Pero, por favor, déjame un momento. Juro que aceptaré tus consejos, lo que quieras, pero déjame. ¡Tengo tanto dolor de cabeza!

—Te levantarás enseguida. Por Pilar he sabido que hoy se reúnen tus hermanos para tomar alguna determinación sobre la hacienda y las propiedades. Iremos juntos y me dejarás intervenir.

—Está bien.

La puerta se cerró con suavidad y el hombre respiró trabajosamente. La boca se le llenaba de agua y la luz lo hostilizaba aún debajo de la sábana. “Diciendo que

pudo dejarme. ¿Por qué no lo hizo? ¡Haberme casado! Hoy podría estar solo, libre y rico. ¡Sus ocho hijos míos! En dos debió parar el asunto y no seguir con sus estúpidos preceptos católicos. ¿Qué sacaba después con llorar y culparme? "Eso se hace entre dos", le dijo un día Josefina, harta de sus lágrimas. Hoy usará de los niños para dejarse caer sobre mi herencia."

Los pasos de Beatriz bajaban al primer piso. Un agradable silencio protegía su cabeza del dolor. Recordó de pronto, con precisa lucidez, el día anterior.

Comenzó con una reunión de partido. Lo habían estado llamando muchas veces hasta que lo encontraron. Se excusaba siempre con mil disculpas porque le fastidiaban esas aburridas sesiones oyendo opinar lo mismo. A él no le importaba la política, eso era un hecho. La política está bien a los veinte años, edad que tenía cuando ingresó al partido, pero después se convierte en majadería. Nadie arregla el mundo. En la sesión de la víspera se trató el tema presidencial. Las elecciones a pocas semanas parecían aterrarlos. Debían man-

tenerse unidos y firmes o cualquier vacilación precipitaría el aluvión popular. Bernardo vio rostros alterados. Era sumamente peligrosa una elección entre dos candidatos, sobre todo cuando uno de ellos envalentonaba al "roto".

Pero Bernardo sólo deseaba tomarse unas copas. Llevaba quince días de luto, pésames y preocupaciones. No era broma encontrarse de pronto rico, aunque lo hubiera esperado toda la vida.

Cogió a un amigo del brazo:

—Te invito a un aperitivo. Escapémonos al Club.

El otro abrió los ojos con indignación.

—¿No te das cuenta de lo importantes que son estas reuniones cuando se tiene al enemigo encima? ¿Olvidas los últimos acontecimientos? El panorama ya no es tan claro.

—Pero si ganaremos de todos modos, así dicen ustedes.

Su amigo tuvo un gesto de fastidio:

—Hoy te quedas.

Fueron tres horas de humo y discusión. Al final se recogieron donaciones. El firmó un cheque a fecha. Otro más. No que-

ría pensar cuántos así tenía en el talonario a cuenta de lo que recibiría.

Se agitó en la cama: "¿Y cuándo recibiría algo?"

A lo mejor Beatriz tenía razón y sus hermanos se las arreglarían para presentar todo resuelto. Muy posible que así fuese. Todos complotaron contra él tratando de indisponerlo con su madre. La señora lo recibía, entonces, severa y triste. Es cierto que le gustaba jugar y jugaba a veces. ¿En qué otra forma podía tener dinero? No es fácil vender casas o fundos y su socio de trabajo se aburrió. Que prosperara después solo no podía extrañar a nadie. No existían tras de él hermanos y cuñados siempre en contra y al acecho.

La reunión concluyó pasada la medianoche. Del partido salió con un grupo de amigos excitados y nerviosos. Pararon en el primer restaurante y brindaron por el triunfo.

Volvió a su casa amaneciendo. Beatriz despertó con el ruido que hizo al irse de bruces en la escalera. No tuvo tiempo de escuchar reproches, cayó sobre la cama sin aliento.

En la silla, el traje de la víspera se descolgaba como un pelele. Esa tarde asistiría a la reunión de familia. Avisaron de ella a Beatriz, esperando que él no estuviera en casa. Suspiró con angustia: "¡Dios! ¡Cuándo llegará el dinero!" Se repitió la frase muchas veces hasta que de ella brotó una angustia nueva: "Pero yo quiero dinero, no mensualidades o intereses. ¡Quiero mi fortuna!"

La imagen de Beatriz ponía una nota obscura en sus reflexiones: "Ella piensa apoderarse de lo mío, quitarme derechos que me pertenecen, y toda la familia va a apoyarla. Sólo puedo evitarlo recibiendo capitales. No seré como papá, muriendo tan pobre como llegó al matrimonio por asegurarles el porvenir a un montón de hijos que no le sirvieron de nada. Y para que mamá se diera el lujo de mantenernos hasta su muerte pendientes de su caridad".

Beatriz llegó enfurecida la última vez que se entrevistó con el abogado de la señora:

—Se niega a aumentarnos un centavo. Tiene órdenes definitivas. Inútil hacerle

ver que es imposible vivir con lo que tú ganas y lo que nos entregan.

Sólo a ella, por orden de su suegra, se le depositaba mensualmente en el Banco una cantidad fija de dinero, que incluía el arriendo de la casa, el colegio de los niños, el pago a la servidumbre. Mientras la señora mantenía su mismo tren de vida, el hijo mayor sufría miserables angustias económicas.

El no tenía suerte para ganar dinero ni paciencia para aceptar molestias. Hizo la prueba en varios negocios con el respaldo de su madre —ella trataba así de librarse de un gasto mayor, observaba inteligentemente Beatriz—, pero sin ningún éxito.

¿Y quién más capacitado que él? Hablaba varios idiomas como el propio. Tuvo institutrices y profesoras de distintas lenguas durante toda su infancia. Viajó, llevaba un nombre aristocrático y heredaría una fortuna. Sin embargo, su madre nunca lo estimó así:

—Mamá, necesito dinero.

—Gánalo, eres bastante joven todavía.

—Indíqueme, entonces, qué puedo hacer.

—Cualquier cosa.

Se enfurecía. Las frases de la señora parecían caer desde muy alto y él tenía la humillante sensación de estar botado frente a ella.

Salía de su casa para ir a beber y bebía en esas ocasiones hasta que algún amigo lo sacaba del Club de la Unión. Trataba de hacerse notar para que lo supieran sus hermanos y por ellos su madre. En esa forma se vengaba.

Pero, cuando volvía a verla, no había en el rostro de la señora un gesto de alteración o de reproche. El último tiempo antes de morir, lo ignoraba ya completamente.

En cambio, era urgente por ver a sus nietos y los exigía cerca de ella. Muchas veces sus hijos la oyeron reír de nuevo, como en sus recuerdos de infancia, rodeada de todos los niños.

Bernardo se incorporó en la cama con bastante dificultad. De las frazadas revueltas se escurrió al suelo la corbata negra.

—Está muerta —murmuró, estremeciéndose.

Ya no entraba sol por la ventana. A tra-

vés de los vidrios podía verlo retirarse lentamente sobre los techos vecinos. Por el vano de la puerta entraba olor a pan tostado. "Deben ser más de las seis y preparan té —pensó, dejándose caer de nuevo sobre el lecho—; si yo tuviera un abogado que me representara, podría librarme de asistir a la reunión."

Estarían todos en el escritorio de su madre, mirándose unos a otros cautelosamente. Ya los vio así, el mismo día del entierro, mientras hacían planes sobre los bienes más inmediatos, como joyas, cuadros y menaje de casa. No se atrevieron, entonces, a referirse a la hacienda. A él le costaba intervenir. Lo cohibían la seguridad desdeñosa de Miguel y la sonrisa burlesca de Josefina. Y tenía más derecho que ellos a dar una opinión o hacer una sugerencia. Era el mayor y gozó de esa prioridad durante mucho tiempo. Conoció íntimamente todo lo relacionado con las inversiones que se hacían cuando tenía veinte años. A su madre le gustaba que estuviera presente en cualquier determinación que se tomara entonces, y callaba atenta para oírlo hablar.

Pero el trabajo del campo le resultaba tedioso y pesado. Rehusó la dirección de la hacienda que su padre le ofrecía, y éste la entregó a Miguel, que aceptó de inmediato y quien, poco a poco, fue desplazando a su cuñado hasta apartarlo definitivamente.

Al quedar viuda, la señora lo llamó para que estuviera presente en la revisión de libros y trabajos, pero no le pidió que se hiciera cargo de nada. Miguel continuó frente a la hacienda.

El único que debía reemplazar a su padre era dejado de lado por un arribista metido en la familia. Aquella vez, él hubiera aceptado la administración con entusiasmo, porque el negocio en que estaba metido quebraba ruidosamente, dejándolo sin un centavo.

Bernardo se mordió los labios al recuerdo. Esa noche expondría sus puntos de vista y exigiría dinero. Que se avaluaran las tierras, los bienes comunes y le entregarán su parte. No quería seguir dependiendo de intereses repartidos por Miguel, ni de resoluciones tomadas en futuras reuniones. Dinero y pronto. Que ellos se las arre-

glaran si pensaban en otra forma. "Disfrutaré de la vida como he soñado tantos años; al diablo con sentimentalismos y recuerdos."

Dentro de un pequeño marco de bronce, su madre leía sentada en el sillón frente al parque. El tiempo pintó de ocre la fotografía y borró parte de la dedicatoria escrita con su letra alta y firme. Estuvo inmóvil frente al retrato hasta que la voz de su mujer quebró el silencio. Beatriz llamaba furiosamente.

ANSELMO

LOS MUEBLES enfundados ya no ofrecían el fuerte contraste del gobelino sobre el mármol blanco del piso. Los enormes jarrones de bronce permanecían con las bocas abiertas y vacías. No había una flor en toda la casa; las flores que jamás podían faltar a los ojos de la señora y que brotaban en todos los rincones.

Anselmo tomaba su desayuno en un extremo de la mesa del comedor. Junto a las tostadas, la mermelada y la crema, estaba el diario. Llegar hasta allí significaba pasar por el vestíbulo dormido bajo el lienzo crudo, y eso cada día le resultaba más penoso. Pilar y él vivían como en víspera de un cambio. Nada se renovaba. Notó que la platería sobre el inmenso aparador tenía una apenas perceptible capa de tierra y los co-

lores eran más opacos en la colección de platos que cubría una de las paredes. También en la cocina se estaba a la espera de un cambio y nadie se apresuraba en la limpieza como antes.

Cogió el diario para olvidarse de comparar el presente y el pasado en esos detalles estúpidos y tristes. Aún le quedaba largo rato antes de llegar a la oficina, pero saldría de la casa en cuanto bebiera el café; nada había como una buena caminata para aclarar ideas. Del bolsillo pequeño del vestón sacó una aspirina. Pasó una larga noche dando vueltas a sus pensamientos. Nada tenía aún completamente resuelto, pero intuía que esas horas que faltaban para completar el día le serían decisivas.

Estaba alegre cuando el mozo que limpiaba los recibos le pasó el sombrero y abrió la puerta a la ancha calle con sol. La Alameda se divisaba amarilla y verde con su paseo, los árboles y el pasto.

Iba por ella a paso lento. Uno de sus antepasados se perpetuaba en un busto de mármol, y Anselmo acostumbraba descu-

brirse cuando pasaba frente a él. Reflejo de aquel otro saludo que su madre rendía al militar ilustre que desviaba el tránsito en un extremo de la ciudad y al que ella se acercaba casi todas las tardes, haciendo detener el automóvil al costado del monumento. Levantaba los ojos hasta la estatua y decía en voz alta:

—Buenas tardes, Baquedano.

Sonrió a sus recuerdos. No sentía ya esa pena y esa nostalgia por su madre que había llegado a convertir la frágil figura de Pilar en una pequeña sombra enlutada. Ya no tenía terrores y sonreía a sus recuerdos.

Una mañana, hacía diez años, su madre lo hizo llamar al escritorio. Levantó la soberbia cabeza blanca para decir:

—Está resuelto, Anselmo. Mañana te presentas al Ministerio de Relaciones, en donde ya tienes un cargo. Pasa hoy a dar las gracias al Ministro.

El se sintió feliz. Desde hacía un par de meses estaba absolutamente en el aire respecto a trabajo. Luego de un tiempo en la hacienda ayudando a su cuñado fue trasladado a la ciudad e indemnizado por su

madre, sin una palabra que aclarara su alejamiento. No preguntó nada y supuso que ella se encargaría de colocarlo. Así sucedía. Besó la mano de dedos largos, hermosa aún a pesar de los años, y salió del escritorio a festejar el acontecimiento.

Fue una magnífica elección de su madre. El trabajo resultó grato, y cordiales los compañeros, que solían reírse de su carácter y modo simple y campechano. Modo que conservó siempre, a pesar de sus viajes de servicio al extranjero.

—¡Estos hermanos pelucones que aún no han dejado del todo la hacienda por la ciudad! —Acompañaban la frase de una fuerte palmada y él contestaba con un amigable empujón que los hacía tambalearse.

Era cierto. Le costaba preferir la ciudad a la hacienda, el abrigo que lo aprisionaba al suave poncho de vicuña que le permitía manejarse a gusto con las lindas chinas morenas y apretadas, al alcance de su mano de patrón.

Llegaba frente al edificio de hermosa arquitectura colonial símbolo y sede del Gobierno. Estaba animoso con el ejercicio

de esas cuadras consumidas a buen andar. Todo se arreglaría.

El primer saludo fue a su compañero de oficina, ya instalado y con el teléfono en la mano.

—¿Sabes? Aquí están todos locos con esto de las elecciones. Anoche, frente a una *boîte*, se juntó un grupo de “rotos” que insultó al chico Carvallo, que salía con su niña. Se armó la gran pelotera entre los que estaban dentro y los que esperaban fuera.

Anselmo se encogió de hombros con cierta molestia. La palabra “roto” usada en tono despectivo le disgustaba como algo epidérmico. Toda alusión de menosprecio por otra clase social inferior a la suya lo hería y aislaba. Se sentó en la silla giratoria y jugó a dar medias vueltas, ayudándose de los pies.

Aquella conciencia de clase nació a consecuencias de Elsa. La conoció una noche que fue llevado a su casa por un compañero de trabajo.

—Tengo un panorama estupendo. Una comida sin remilgos en que la propia dueña de casa te atiende y te sirve. Ella o una

hija preciosa, redondeada por todas partes.

No se hizo de rogar y disfrutó de esa ocasión. Tal vez hubiera preferido otra luz a la blanca y fuerte de la lámpara de globos transparentes que pendía del techo, y que fijaba en duros contornos los muebles de madera terciada. Pero eso carecía de importancia; la victrola funcionaba alegremente junto a la radio y pudieron turnarse a la muchacha para bailar entre plato y plato. Anselmo bebió con moderación. Celebraban el cumpleaños del dueño de casa, hombre recio y de agradable aspecto. Supo por la hija que era profesor primario y daba clases en una escuela de Quinta Normal.

Al marcharse, casi de madrugada, sabía, además, que la agradable compañera de cena y baile se llamaba Elsa, que era hija única, terminaba pedagogía en Historia y que la vería dos días después.

Interrogó al amigo sobre el origen de su relación con la familia y éste contestó echándose a reír:

—Llámalo amistad, si quieres. El abuelo de Elsa fue llavero en el fundo del mío,

y el menor de sus hijos, por deseo de mi abuela, entró interno en una escuela normal. Ahí lo tienes casado con una mujer que es la encargada del taller de costura en la mejor tienda de Santiago y con una hija bastante apetecible, que se recibe de profesora en la Universidad. Así dicen que este país no progresa.

La vio una vez y mil veces más. Con ella se sentía a gusto y le encantaba quedarse a comer en familia. Volvía a su casa silbando por la Alameda. Hasta entonces, pronto cumpliría treinta años, no se había sentido tan feliz.

Silbaba ahora en tono bajo y suave. Su compañero levantó la cabeza y dijo riendo:

—Es agradable verte de nuevo como antes. Parece que resucitas.

Era así. La resolución de Elsa lo tuvo desesperado. Fueron treinta días insopportables.

Una de aquellas noches deliciosas en que volvía de la pequeña casa de ella, sorprendió luz en el dormitorio de su ma-

dre, siempre en reposo a esa hora. Trató de no ser oído y caminó despacio a su cuarto, pero lo detuvo la voz de la empleada de compañía:

—Don Anselmo, pase a verla. No ha estado bien.

Cuando él entraba murmuró despacio y rápido:

—No le conteste nada. Alguien le ha traído chismes.

La señora estaba recostada sobre almohadones y tenía los párpados cerrados. En la boca contraída, el gesto que sus hijos conocían desde la primera palmada que les diera. Sin moverse, dijo lentamente:

—Yo acepto la sencillez en los míos, pero no la tontería.

Anselmo recordó el consejo y permaneció mudo. Pero ¿a qué se refería?

—Sé con quien andas, sin dar ninguna importancia a que puedan verte y me lo digan.

Dio un salto sintiéndose herido:

—A nadie hago mal; es una encantadora muchacha.

Los ojos celestes se fijaron en él:

—Haces mal a una humilde familia que

puede ser decente. De eso ya tuviste suficiente con mis campesinos. No se trata del llavero de mi hacienda.

—No tengo ninguna mala intención respecto de ella.

La señora se incorporó con un pequeño jadeo:

—¿Y, entonces..., qué significa?...

En ese minuto, él también se preguntó a sí mismo: "¿Y, entonces, qué significa todo?" Puso las manos sobre sus dedos para tranquilizarla:

—Nada aún, madre.

—Aún... ¿qué quiere decir?

—Quiere decir nada.

Estaba dolido y asustado. La voz de la señora volvía a su tranquilidad:

—Me he sentido enferma con el comentario que trajeron hoy a casa. Llegaron a decir que se te veía muy entusiasmado.

—Suspiró, para continuar—: En fin, nada cuesta menos que hablar mal de un hombre.

Anselmo quiso contestar. Aquella conversación tenía el sabor de una traición y se sentía envenenado. El pálido rostro que descansaba en los almohadones tenía

la culpa de su miedo y le resultaba, de pronto, intolerable.

—La dejo, madre, para que descanse.

Volvía la espalda, cuando una última frase le golpeó la nuca:

—Cierta gente entrará a mi casa sólo por la puerta de servicio.

Fue el comienzo. La señora no volvió a referirse a esa noche ni al asunto, pero solía pedirle que acompañara a Pilar en sus salidas o estuviera en casa para interminables veladas con sus amigas. Accedió a medias, porque empezaba a tener un miedo constante a que su madre resolviera algo en contra de su felicidad. No podía imaginar en qué forma, pero tenía miedo.

Siguió juntándose con Elsa igual que antes. Pasaba a buscarla a su casa y salían cogidos de la mano como adolescentes. Anselmo experimentaba una ternura violenta y desconocida por su alegría sana y abierta que lo hacía sentirse como un chico. Aprendió a conversar con el profesor y se enteró de una vida absolutamente diferente a lo habitual entre sus conocidos. Le apasionaba escucharle relatar sus

comienzos en la escuela de un pueblo del sur, pueblo en que nació la hija y donde formara un pequeño capital que le permitió después comprar la casa en que vivían. Para Anselmo resultaba difícil abandonar su charla ruidosa y simple por la inmensa casa señorial de silenciosa servidumbre.

Estaba solo en la oficina. Su compañero salió tras una llamada telefónica y los recuerdos lo oprimían. Para librarse de ellos pensó en llamar a Celia, lo que hizo inmediatamente, sintiendo agrado y alivio al oír su voz cálida, llena, en el aparato.

Quedaron de reunirse a la salida del trabajo. Ella lo esperaría en casa. Se tranquilizó. Fue a Celia a quien se confió por primera vez.

Hacía seis meses que salía con Elsa cuando tuvo que enfrentarse al padre, que lo recibió en la puerta de la casa con rostro hosco y amargo:

—Yo creo que todos nos hemos equivocado. Esto no podía ser. Le ruego no ver más a mi hija y nosotros conservaremos un buen recuerdo suyo.

Trató de preguntar algo, pero la puerta se cerró sobre su estupor. Le pareció que el mundo terminaba. Atravesó la calle y detenido en la acera de enfrente esperó que alguien se asomara e hiciera un gesto de compasión. Pero la noche avanzó y era de madrugada cuando resolvió, ya sin esperanza, volver a su casa. La fachada enorme y gris le salía al encuentro como un enemigo. Antes de subir las gradas de mármol un pensamiento que parecía venir desde el interior de la mansión cayó sobre él: "Algo ha sucedido motivado por mi familia".

Al día siguiente no fue a la oficina. En la puerta del Pedagógico esperó que ella apareciera, y se enteró de cómo la madre, probando un vestido en la tienda, oyó un comentario hecho a costa de Elsa y sus relaciones con un "hombre bien" que se divertía. Todo así, tan simple y tan vulgar. Había tenido una escena violenta con su padre:

—Me llamó desclasada. Lo repitió muchas veces y se encerró con mamá en el dormitorio. Desde entonces almuerzo y como sola.

Anselmo estaba desesperado. Ocultaba la cabeza entre las manos para no ver en el rostro de ella el derrumbe de todo.

—¿Qué haremos?

No pudo contestar. Las palabras de su madre devoraban cualquier respuesta: "Cierta gente sólo entrará a mi casa por la puerta de servicio". Jamás cedería. Se consideraba salvando al hijo de un mal paso y no retrocedería ante nada para lograrlo.

—¿Qué haremos, Anselmo?

¿Qué podría contestar? Para la única respuesta posible no tenía valor.

La situación entre ellos se hacía difícil. Una noche ella dijo, mientras volvían de comer en un restaurante:

—Papá quiere que en cuanto terminen las clases nos vayamos juntos al sur.

Anselmo guardó silencio. Diversos pensamientos lo conmovían. El verano en la casa enorme y vacía. Los padres de Elsa llevándola lejos para arrancarla a una amistad que no ofrecía nada. La mirada atenta y firme de su madre las veces que se reunían en el comedor. Estaba cansa-

do y triste. Se oyó contestar en forma ausente:

—Tus padres tienen razón.

No pudo seguir andando. La mano que le cogía el brazo se había agarrotado. A la luz amarillenta de los faroles el rostro de Elsa aparecía descompuesto:

—Si mis padres tienen razón, tú no la tienes y yo me he equivocado.

Jamás lo miró así. Quiso cerrar los ojos y librarse de esa mirada. Estaba descubierto, sin defensa. Ella pudo decir todavía:

—Y como nada queda entre nosotros, no tiene sentido el que sigamos viéndonos.

Celia lo había conducido a la pequeña sala de recibo. Parecía enfermo y agotado. Le contó todo sin hacerse concesiones. Terminó de hablar vuelto a la ventana, escondiendo su vergüenza en la calle. Preguntó como un niño:

—¿Qué puedo hacer?

—Casarte.

—¿Y mi madre?

—¡Anselmo! Todo será distinto cuando no tenga remedio. Porque ¿crees que aceptará perder un hijo suyo, que lleva su sangre y su nombre? ¡Qué poco la conoces! Cásate y afróntala, no tienes otro camino.

Las palabras de Celia quedaron metidas en él como una esperanza. Pero ésta se debilitaba cuando volvía a encontrarse con la madre y tenía que sostener su presencia y su silencio. Le pareció que ella envejecía. Atravesaba la casa cogida del brazo de su empleada y tomaba, muchas veces, un aire distraído y ausente, del que volvía con sobresalto. Anselmo comenzó a angustiarse de la distancia que ponía entre ellos.

Los primeros días de enero, la señora resolvió irse al campo. No quiso ocupar su casa en la costa, que cedió a las hijas, y mostró una prisa desacostumbrada en llegar a la hacienda. Anselmo la vio partir en el automóvil encorvada sobre sus recuerdos, en los que pasaba evadida la mayor parte del tiempo. De pie en las gradas de la entrada, hizo un gesto de adiós sin respuesta al coche que doblaba la cuadra llevándose a su madre vestida de oscuro bajo la blanca cabeza pensativa.

Fueron días muy largos, con un sol que se negaba a desaparecer. Llegaba, por fin, la noche y Anselmo, amparado en ella, pasaba frente a la casa de Elsa. Las ventanas cerradas eran dos ojos muertos a la calle y a la esperanza. Volvía a su casa más angustiado cada noche. No pidió vacaciones. La idea de encontrarse con su madre le resultaba insoportable.

Una mañana de marzo, el teléfono resonó en el vestíbulo, de madrugada. La voz soñolienta del mozo se hizo clara por la emoción. Anselmo lo oyó subir corriendo y golpear a su puerta sin ningún miramiento. Parado en el umbral, explicó con voz entrecortada que la señora estaba inconsciente. No hubo tiempo para reflexiones; tenía que encargarse del médico de su madre y los mil detalles que la enfermedad provocaba. Trasladó a la hacienda todo un equipo de asistencia para la enferma y pasó unas horas sin atreverse a entrar en su cuarto. Caminando por la galería, esperaba una señal de las enfermeras para resolverse y verla. A los pies de la cama acechó la respiración de su

madre y siguió con la suya aquel jadeo angustioso, ahogándose de esfuerzo y de miedo.

La noche pareció prolongarse sobre el día gris en que la señora fue trasladada a la ciudad. El cortejo salió de la hacienda por el camino cercado de campesinos en silencio. Para Anselmo no amanecía. Iba metido en la noche, ajeno a las órdenes y palabras de sus hermanos. Vestido de negro recibió y despidió gente. Estaba muy lejos de todo. El traje negro parecía haberlo borrado aún de sí mismo. Elsa era una risa alegre y distante que se escapaba.

Terminó, por fin, ese movimiento que lo tenía cogido. Terminó en un silencio que se prolongaba sobre los muebles y el jardín de la casa.

Dejó de ir a la oficina. Sentado en su cuarto, pensó que podría renunciar a todo lo que significara obligación; era lo suficientemente rico para eso. Podría, como

sus familiares, hacer proyectos de viaje y agrado. Se encogía de hombros a solas: "¿Para qué?"

Nunca se sintió atraído por el brillo o la vida social. Le resultaban palabras totalmente extrañas. De niño, prefería quedarse junto a su madre cuando los hermanos salían. Permanecía, entonces, gozosamente en silencio cerca de la señora. Esta levantaba, a veces, el rostro del bordado o el libro para mirarlo con ternura. Dejaba el juguete y corría a besarle las manos. Ella hablaba poco, pero a él le bastaba su presencia. Existía, era suficiente. Ya no existía. No volvería a caminar con su paso enérgico y gracioso. Anselmo la recordaba detenida frente a cualquier objeto precioso o sencillo rozándolo con la punta de los dedos:

—Esto era de mi abuelo, será tuyo.

Estaba continuándose siempre. No existía ya, pero él deseaba sentirla continuarse en su mundo. El pertenecía a su mundo. Vagaba por la casa y el jardín tras la huella de sus pasos, tratando de atrapar su entereza que necesitaba para sobreponerse y vivir. Pero no tenía valor. Elsa se-

guía siendo una alegre risa cada vez más distante.

Una tarde entró al dormitorio de la señora cerrado a la luz del día, el lecho cubierto por una sábana. Sobre la cabecera se dibujaba el rectángulo que dejara en la pintura el gran "quiteño" retirado por alguien. No estaba la bombonera de cristal de donde robara caramelos, ni las porcelanas, ni los bronceos. En un extremo de la pieza, el viejo reclinatorio de madera y felpa verde no tenía imagen a quien venerar. Se arrodilló en él y escondió la cabeza entre las manos.

Algo comenzó, entonces, a fluir como un torrente desde sus entrañas, algo que arrasaba la desolación y el temor. Venía desde sus entrañas porque allí repercutió más fuerte la sacudida experimentada por la muerte de su madre. Y el tirón aflojaba, se rompía, quedaba libre.

Cuando se levantó estaba ligeramente mareado. Caminó a la puerta y a la luz de la tarde que se extinguía. Estaba libre y solo. Ella no existía.

Aquella visita al dormitorio de la señora había sido la víspera. Anselmo estaba de nuevo en la oficina y meditaba en lo que conversaría con Celia. Ella le ayudaría a resolver su asunto con Elsa, nadie mejor para eso. El tiempo se arrastraba sobre su impaciencia. No esperó cumplir con el horario ni llegar a la casa de su cuñada. Salió a la calle y paró un taxi. Como otras veces, estuvo detenido frente a la pequeña casa de la muchacha. Las dos ventanas se habían abierto y el último sol golpeaba en los vidrios.

Atravesó lentamente la calle para acercarse a la puerta.

PILAR Y JOSEFINA

JOSEFINA FUMABA sin oír las voces y exclamaciones de entusiasmo que venían de la pieza contigua al dormitorio, ropero y cuarto de vestir de su hermana Pilar. Sus hijas discutían sobre la posesión de vestidos y accesorios que iban extrayendo de los baúles abiertos. Bajo sus voces altas, el suave tono menor de Pilar desaparecía.

Josefina fumaba con la cabeza caída sobre el respaldo del sillón y la mirada sumergida en las molduras de yeso que en forma de guirnaldas recorrían los costados del cielo raso. Su hermana, hablando más cerca, la sobresaltó:

—Prefiero dejarlas solas, ya tienen un baúl casi vacío.

Sobre la boca que sonreía, los ojos obs-

curos, ligeramente asimétricos, estaban siempre tristes. Pero su gesto se disolvió en la expresión fría y reservada de Josefina. No pudo dejar de preguntarse: "¿Qué estará pensando?" Pilar se inclinó sobre un cajón de la cómoda, evitando mirarla: "Es preferible que se le pase el mal humor. No quiero tener un rato desagradable recién llegada a casa. Es curioso, entre toda la familia, ella, precisamente ella, ha sido quien recibió la noticia con mayor molestia".

Las voces de las muchachas iban de la admiración a la disputa. Pilar se sentó en la alfombra con el oído atento al bullicio que venía de su cuarto de vestir. Como siempre, se distraía totalmente de cualquier preocupación en compañía de sus sobrinas.

"¿Será posible que Pilar se case? Qué increíble parece la noticia, y más increíble aún que nadie le haya dicho nada. Todos se quedaron mudos, como si aceptaran el disparate. Sólo yo no he podido simular. Sale de viaje, agarra un cazafortunas, lo acepta y nosotros aceptamos con ella, pre-

cisamente ahora, a pocos meses de la venta del fundo. Nadie le ha preguntado quién es este italiano que, en veinte días, resuelve pedir a una rica heredera sudamericana que sea su esposa. Un noble italiano que viene ya a Chile para presentarse a la familia de la novia y casarse un par de semanas después. Alguien debe intervenir en este asunto y aclarar las cosas. Primero que nada, separación de bienes, apartarlo hasta donde sea posible de la fortuna. ¿Se atreverá Pilar a hacerlo? Yo hablaré con ella."

Aplastó el cigarrillo en un cenicero hasta que el humo terminó de extinguirse en el tabaco. Sus hijas entraban y se dirigían a la tía sentada en la alfombra. Con cierto fastidio les indicó la puerta:

—Queremos conversar. Regresen a casa, que voy enseguida.

El rostro de Pilar se llenó de desamparo cuando se encontraron solas. Jugaba con el anillo que traía del viaje, sin atreverse a levantar la cabeza: "¿Qué pensará? Puede ser tan cruel y tan sarcástica. ¿Qué pensará? Desde que llegué ha estado en silencio, molesta. Nunca le hice na-

da. Fui la madrina de sus dos hijas y las quiero como mías. ¿Qué pensará?"

—He estado pensando en nuestra vida, Pilar. Siempre estuvimos juntas y creo, por eso, ser la única que puede hablarte con cariño y franqueza. ("¿Cómo decírselo? Me asusta esa debilidad que ya empieza a hacerla temblar. No ha podido sobreponerse con los años; parece la misma chiquilla aterrorizada de antes. Debe suponer lo que pienso y tiene miedo de oírlo.")

"Ya no podré librarme de escucharla, como nunca pude librarme de sus éxitos, de su belleza y, también, de sus fracasos. ¿Por qué no me deja en paz? Lo ha tenido todo. Papá decía que si daba una patada deberían salir la luna y las estrellas. Fue siempre así y nadie le opuso resistencia. Quiso casarse y no tuvo más que elegir entre varios hombres que la pretendían. Ahora, ¿qué pensará de mí?"

—Comprenderás, Pilar, que la noticia de tu matrimonio nos ha tomado de sorpresa. Más aún, ya que parece no tener vuelta. Si es para tu felicidad, que sea, pero debes examinar esa decisión contigo

misma. Afortunadamente, no eres una niñita de veinte años que puede negarse a todo razonamiento por simple capricho.

Josefina hablaba pesando en la expresión de su hermana el efecto de cada palabra. Esta permanecía con la mirada fija en un sitio de sus pensamientos, sin atención aparente.

“Me exaspera ese aire dolido que toma como defensa. Se esconde detrás de su debilidad física para evitar cualquier molestia. La vieja maña usada desde que cayó en cuenta de la diferencia entre ella y nosotros. “¡Pobrecita!”, decía papá, que nunca le negó nada. Si al menos tuviera alguna amiga íntima en quien confiara, pero jamás se acercó a nadie de su edad; si al menos tuviera alguien en quien confiara, yo podría saber a qué atenerme para abordarla. Creo que nuestro gran error fue confiarla a Camila. Ella le presentó al italiano, que ya conocía de otro viaje de negocios, y no sería raro que hubiera recibido comisión por la rica heredera que deseaba un matrimonio.”

—Tú sabes, Pilar, que dentro de pocos meses iremos a la venta de la hacienda.

¿No piensas que otra persona ajena a lo nuestro podría dificultar la operación?

Su hermana no contestó enseguida. Comenzaba a tener conciencia del camino hacia donde se dirigía la suave voz de Josefina. No quería contestar para mantenerse a la espera, para saber defenderse cuando el ataque se agudizara. Subían a sus pensamientos imágenes que le dolían y levantaban recuerdos que permanecieron retenidos detrás de la amarga barrera de su conformidad. "Ya no se detendrá ante nada. Disparará contra mi matrimonio. Le resulta insoportable que la tía solterona pueda independizarse y tener vida propia. El cambio es muy grande para su egoísmo. De hermana sometida a esposa y madre. No lo tolerará fácilmente. Pero yo sabré ponerla en su sitio. ¿Quién es ella para atreverse a intervenir en mi vida? Nadie se mezcló en sus asuntos cuando botaba la fortuna de su marido en mil tonterías y locuras. Nadie pudo aconsejarla, porque jamás lo hubiera tolerado. Incluso mamá terminó por quedarse en silencio y recibir a las niñitas mientras ella viajaba durante meses y meses, sin ningún freno a sus

deseos. Hasta llegaron ciertos rumores de algunas aventuras no demasiado santas que mamá detuvo sin tratar de saber nada. Yo he querido tanto a sus hijas que creo no querré más a las mías. He sido más madre que ella, pero así y todo no me pertenecen. No tengo nada propio, salvo esta fortuna que cayó a cambio de la vida de mamá y que no necesitaba. No intervendrá esta vez en algo que me incumbe sólo a mí y que ya he resuelto."

Su hermana decía en el mismo tono suave:

—Quisiera oírte una respuesta, todos quisiéramos oírla. En estos meses debemos resolver asuntos de dinero que son odiosos para extraños y que mal llevados pueden perjudicar un buen negocio.

Estar sentada en el suelo cerca de los pies de Josefina y tener que mirarla hacia arriba, le resultó de pronto intolerable. Trató de levantarse y lo hizo con visible esfuerzo. Simuló no ver la mano que trataba de ayudarla y pudo alzarse apoyada en toda su voluntad. Miraba con odio sus piernas delgadas, de diferente grosor, detenidas cerca de las piernas largas y fir-

mes de su hermana. Habló, oyéndose temblar la voz:

—Me resulta difícil tratar de dinero a los pocos días de estar en casa. Ya habrá tiempo para eso.

—Has sido tú quien lo ha motivado. En dos semanas más llega tu novio y no podremos evitar el problema.

Pilar iba a preguntar a qué problema se refería, pero no tuvo valor. Las imágenes seguían sucediéndose en su mente con tal realidad y rapidez que comenzaba a sentirse mareada. Volvían al centro de Roma en el automóvil de Vittorio, después de cenar con vino, licores, palabras desconocidas y excitantes. Al despedirse, los ojos del muchacho no se desprendían de su rostro y ella no se resolvió a cortar esa mirada. Estaba un poco embriagada y lo invitó a su departamento. Caminaban al ascensor cuando el enorme espejo del vestíbulo les salió al encuentro. En el cristal vio a un hombre muy joven, hermoso, tostado, sano, llevando del brazo a una mujer que se le aferraba. Había cerrado los ojos para no verse aún más disminuida, más débil, más deshecha.

Contempló el espléndido cuerpo de Josefina abandonado entre los brazos del sillón y pensó con desesperación: "¿Qué sabe ella de esto? Ella que compraba su ropa exigiendo un número y se paseaba semidesnuda en los probadores con la impudicia y la tranquilidad de saberse hermosa. ¡Problemas de dinero cuando estoy recuperándome como mujer! ¡Vittorio me quiere, al diablo con la hacienda!"

Estaba tensa, enrojecida por la emoción. Josefina fue levantando los párpados hasta que se encontró con su mirada: "Aunque se desmaye o tenga una de sus crisis nerviosas, voy a decir lo que pienso. Peor para ella, que no ha querido verlo. ¿Cómo no cae en cuenta de que se está comprando un hombre? Un extraño que entra en la familia durante el reparto de dinero, que se echará su parte al bolsillo y nos dejará a la hermana pobre, abandonada y, a lo mejor, con algún hijo. ¿Y mis niñas? Las adoradas por la tía, las herederas seguras entre todos los sobrinos, en vez de fortuna tendrán que cargar con ella en el futuro".

Pilar tenía las manos cerca de la cabe-

za, como en un inconsciente gesto de cubrirse los oídos. Oyó a Josefina murmurar sin inflexiones en el tono:

—No existirá mayor problema si antes de casarte le propones hacer separación de bienes.

El cuarto se llenó de silencio y Pilar no se cubrió los oídos. Sus brazos cayeron pegándose al cuerpo, haciéndolo más rígido:

—No recibiré al hombre que se va a casar conmigo con una proposición semejante ni permitiré que nadie se la haga. Esto es asunto mío. ¿Entiendes?

Gritaba al terminar la frase, gritaba para no dar cabida a ninguna respuesta, pero la voz suave de su hermana, arrastrada por ira contenida, contestó siempre con suavidad:

—Justificaría completamente tu miedo, si no tuviéramos que pagar nosotros, en el futuro, las consecuencias. (“¿Hasta cuándo guardarle consideraciones? Ya está dicho. Ella misma lo ha provocado con su tontería y su ceguera. Si hubiera hecho lo que mamá le propuso hace tantos años, no estaría hoy con estos proyectos absur-

dos y tendría la vida llena de quehaceres prácticos. Pobre mamá, fabricándole una obra de caridad que llevara su nombre y la entretuviera. Niños pobres de quienes preocuparse. Pero no pudo aceptarlo porque vivía al acecho de nuestras vidas, con crisis de llanto cuando nos casábamos, para terminar, ahora, en un remedo de matrimonio que perjudicará a todos.”)

Se había levantado contagiada por la violencia que asomaba a los ojos de su hermana. Se repitió otra vez: “Ya está dicho”, y evitó mirarla. El odio que venía del pequeño cuerpo frente al suyo le producía el efecto vivo de una corriente eléctrica. La tensión común mantenía entre ellas un vínculo que les resultaba difícil romper mientras no se hubiera dicho todo.

Pilar gritó:

—¿Pensó alguien en las consecuencias de tu matrimonio? ¿Pudo imaginarse mamá que a los cinco años de casada tendría que hacerse cargo de ti y de las niñas porque ustedes no tuvieron cabeza sino para botar la fortuna que recibieron? ¿Te lo reprocharon entonces?... ¡Haz lo mismo y déjame en paz! Jamás me acercaré

a ti en ninguna situación desesperada
¡Déjame en paz!

Josefina perdía la cabeza y no importaba. No tendría la culpa. La miró de frente, le pareció que el rostro de su hermana se diluía contra las cortinas de gasa blancas en la mañana y contestó a través de labios contraídos y duros:

—Para hacer comparaciones entre tu matrimonio y el mío deberías empezar por mirarte al espejo. ¿Se atrevió alguno de tus amigos a proponerte matrimonio? Tenías para eso que ir a Europa y comprarte un aventurero. Acepto tu promesa. Jamás contarás conmigo cuando el italiano haya recogido su parte y te haya botado. Haz lo que quieras, pero no esperes que yo sea cómplice. ¿Qué necesidad tienes de casarte? Con la fortuna que recibirás podrías conseguir un hombre a menor precio y riesgo. Me voy y no olvides tu promesa.

Dejó el dormitorio. Quería marcharse de allí lo más pronto posible, deslizarse a la calle y respirar hondo. Bajaba la escalera cuando se encontró con Anselmo que subía. Sobre el brazo sintió la presión de su mano fuerte:

—¿Sucedé algo?

Josefina bajó los ojos hasta los dedos que la detenían, en uno de ellos la argolla de compromiso. Sus pensamientos golpeaban con furia: “¡El imbécil! No pudo buscar una mujer de su clase. Tenía que entregarse a la primera aventura barata, sometiéndonos a la humillación de tener que defenderlo ante una simple y vulgar costurera”.

Con gesto brutal desprendió su brazo y sin una palabra corrió al primer piso. Antes de llegar a la puerta se detuvo en el vestíbulo y abarcó en una mirada los recibos dormidos: “Termino con esto y no vuelvo hasta que venga el remate total. Ya quedaremos libres de lazos y amarras y no tendré necesidad de encontrarlos de nuevo”.

El ruido del portazo atravesó las paredes del cuarto de Pilar y cayó sobre su cabeza como otro golpe. No se había movido. La atmósfera entre las paredes era tan densa que la mantenía rígida y abandonada. ¿Cuántas puertas se cerraron para ella a lo largo de su vida? Primero la del colegio. Corría detrás de sus hermanas hacia

el automóvil que aguardaba a la salida cuando se sintió señalada en la voz de una compañera: "¡Mira cómo cojea Pilar!" No volvió a clases. Esa noche, su madre estuvo junto a ella cada vez que despertó gimiendo. Se aferraba a su mirada serena y dolida, repitiendo fuerte:

—No cojeo, ¿verdad, mamá?

La señora permanecía en silencio hasta que dijo suavemente:

—Sí, cojeas y no importa. Eres mi niña inteligente y buena, y es eso lo que cuenta.

Pero no contaba para ella. Durante una semana vagó por la casa con sus seis años desesperados. Comenzaba a fijarse en detalles en los que no reparó antes. El lazo del sombrero, los cordones de los zapatos, eran trabajos que todos se adelantaban a hacerle. Un día rechazó a *mademoiselle* que le amarraba la capota bajo su barbilla y trató de usar sus propios dedos. No podía, la mano derecha no tenía la sensibilidad de la izquierda y se agarrotaba más en su desesperación. Por las noches, metida en la cama, palpaba su cuerpo. Descubrió que entre un lado y otro había diferencias de movilidad y grosor. Por pri-

mera vez se miró al espejo con ojos inquisitivos y miedosos. También existía esa diferencia en su rostro, como si alguien hubiese tirado sobre él una raya invisible.

Era sólo tres años menor que Josefina y estaban siempre juntas. Empezó a esconderse detrás del desplante y la alegría de su hermana. Entre esas manos fuertes metía la suya cuando salían o enfrentaban a los amigos de sus padres. La vitalidad de Josefina se convertía en un escudo del que no podía prescindir. Se transformó en una pequeña sombra que la seguía y la esperaba. Su hermana parecía no darse cuenta, pero tenía con ella una tiranía protectora y vigilante que no admitía rebeliones. Aguardando que volviera del colegio, Pilar jugaba con Anselmo, cinco años menor y que la prefería entre todos. Se apasionó del perfecto cuerpecito que parecía necesitarla y reemplazaba a la niñera largos ratos. Fue entonces cuando hizo con su madre la primera visita a los hospitales de niños, llevando ropa y fruta. Recorrió las salas de camas blancas desde las cuales miraban ojos húmedos y desolados. Aprendió a tejer y bordar para ellos. Tenía

diez años y la vida transcurría más llevadera. Sentada junto a la señora, hacía labores para el hospital y ya no necesitaba tanto de Josefina. Las horas se iban rápido. Recogía la ropa abandonada de sus hermanos y apartaba fruta y cosecha de la hacienda para los niños.

A la hora del rosario, arrodillada entre sus padres, sobre un cojín, llevaba, a veces, la voz cantante en las oraciones. Toda la familia se unía en la plegaria común y el tono grueso de la servidumbre robustecía el coro. Las cuentas giraban despacio por los dedos de la señora y su padre la levantaba del cojín para sentarla en sus rodillas. Dios era bueno. Mientras ella estaba allí al amparo de sus padres, cuántos niños se quejaban de dolor y soledad en las salas enormes del hospital.

Llegó el día en que Josefina recibió la primera invitación a un baile. La noche de ese día, ella fue hasta el cuarto de sus padres, como otras noches en que no tenía sueño. Esta vez, los gritos y alboroto de su hermana se lo habían arrancado de los párpados.

Iba a golpear la puerta, cuando la voz de su madre la detuvo:

—Queremos que los trabajos se inicien pronto. Un pabellón para cincuenta niños que llevará su nombre y del que ella va a encargarse.

Alguien, tal vez su yerno, objetó algo, porque el tono de la señora se hizo imperioso:

—Pilar empezará a trabajar con su dinero. Debe acostumbrarse a ello, si pensamos, como es lógico, que no se casará nunca. Además, será ella quien reciba la parte de nuestra libre disposición, que fijaremos en tierras y acciones.

No se atrevió a golpear. Volvió a su cama temblando. Josefina seguía comentando los mil detalles del vestido que se haría y de pronto le pareció que su voz crecía, se hacía atronadora para repetir sólo la frase de su madre: "Como es lógico, no se casará nunca".

Lo entendió todo de improviso: mientras su hermana iba a bailes y recepciones, a ella la entretenían con obras de caridad. Las voces seguían creciendo hasta que cayó enloquecida en su primera crisis

nerviosa. Pasó días de fiebre y llanto. En vano su madre llamó y ordenó que abriera. Dentro de ella estaban tapiadas todas las puertas y el hospital era una etapa que abandonaba definitivamente.

Desde entonces, su vida se convirtió en una mala imitación de Josefina, una imitación que le costaba tanto esfuerzo que las crisis se sucedieron en períodos de tiempo cada vez más cortos.

Dejó de tener paz. Los matrimonios de sus hermanas sumieron en conflicto su adolescencia y el sexo se convirtió en un símbolo demoníaco que buscaba hacerse grato para atrapar con mayor facilidad. De nada le sirvieron los rosarios ni los retiros en conventos. Las risas de sus hermanas despidiéndose antes del viaje de bodas eran el rostro amable del pecado y se quedaban sonando en sus oídos, mientras los labios repetían una y otra vez: "Yo no me casaré nunca, nunca, nunca".

Una noche su padre no llegó a comer. Horas más tarde vio a su madre convertida en otro ser, con otro semblante y el miedo temblando en sus ojos. Agazapada detrás del dormitorio de sus padres ace-

chó a la muerte extrañamente anhelante. Era el fin de todo, de las risas, la compañía, el cariño. Uno de los componentes de la pareja humana desaparecía. No recordaba el gesto tierno del padre a todos sus caprichos. El hombre que protegía y amaba a su madre estaba terminándose. La alegría insolente de Josefina concluiría un día así, y tal vez llegara a envidiar el cuerpo enfermo y pobre de su hermana que nunca se estremeció por nadie.

Lloró con miedo a sí misma cuando comprendió que deseaba ese término a todas las parejas que reían frente a ella. Lloró y se angustió cuando tuvo que abrir sus pensamientos a la confesión momentos antes de la Misa de Difuntos, oficiada en uno de los salones, desnudo de cortinajes de seda, negro como sentía su alma.

Los remordimientos la acercaron a Josefina, que se mantenía apenas en su último tiempo de embarazo. Y la hija que le nació poco después se convirtió para Pilar en el perdón de Dios a sus malos deseos. La recibió como propia y le dedicó su ternura. Josefina no hizo objeciones a ese cariño absorbente y apasionado que

le dejaba tiempo y tranquilidad. Un par de años después, tenía otra hija, que Pilar recibió con la misma pasión. Ya no eran niños pobres y desconocidos: cuidaba de su misma sangre nueva y fuerte. Su hermana comenzó a viajar y a convertirse en la belleza de moda y las niñas tenían paz y orden en la vieja casa de la abuela. Pilar se amparaba como ellas en esa paz y ese orden y vivía disfrutando del pasado y del presente ajena a la calle y al esfuerzo.

A veces sorprendía en la mirada de su madre un doloroso reproche. Se encogía de hombros. ¿Qué podría pedirle? No fue su culpa un cuerpo débil que a los dos años de vida sufriera la enfermedad que lo marcara. Si no podía ser esposa ni madre, ¿qué le reprochaba? Nada más cabía en la vida de una mujer. Porque ¿no era la señora quien llamaba despectivamente "bachilleras" a las muchachas que egresaban de sus estudios?

Pero también observaba el respeto que a su madre inspiraba Celia con sus horas de hospital y policlínica, a pesar del disgusto primero con que recibió la noticia del título obtenido al año de quedar viu-

da. Su trato con la nuera era más igual y más atento. Incluso, durante una pequeña enfermedad que la botara en cama, su primer deseo fue llamar a Celia. "¡Ella es mejor médico que cualquiera!" Y cuando la joven llegó junto al lecho, se cogió ávidamente de su mano, como un niño.

Caprichos de su madre. Tal vez el recuerdo del hijo transmitido en su nuera. El recuerdo de su hermano muerto a los treinta y cinco años. Pilar prefería no recordarlo. Le dolía demasiado esa brutal complejidad de la vida, que podía dejar paso a la muerte despreciando toda lógica. Evitaba recordarlo.

Pero ¿qué podía reprocharle? Recibió la educación que le dieron y nunca tuvo ánimo para pensar demasiado. Además, su vida estaba llena de sensaciones diversas: las frases que oía, los murmullos que venían del lecho de sus amigas, los escándalos de Luisa. Todo en sordina, porque nada de eso podía hablarse en voz alta delante de la señora. Hacia los últimos años de vida de su madre, las relaciones entre ellas se mantenían cordiales y distantes. La vieja señora parecía alejarse de sus hi-

jos para refugiarse en los nietos. Por el mayor de éstos, por Pablo, el hijo de Octavio, mostraba un interés abierto y hondo, del que parecía disfrutar. Pilar preparaba ya su primer viaje a Europa, cuando vio a su madre, una noche, derrumbarse en la hacienda.

Pasó largas horas arrodillada junto a la cama, sin atreverse a mirar ese rostro en lucha con la muerte. Se dejó tratar como una criatura y bebió sueño en píldoras y jarabes.

Abrió de nuevo los ojos en una casa en silencio que se ordenaba con murmullos. Firmó papeles que le presentó Miguel y estuvo sentada, muchas tardes, recibiendo sonrisas y frases de cariño. Pensó que todos esos momentos tenían los contornos del sueño.

Una tarde supo que Luisa se marchaba al extranjero con un amigo casado. Poco después, en un kiosco de periódicos, las letras rojas de un diario de la tarde parecieron romper el vidrio del automóvil detenido en la esquina ante el policía. Su propio apellido aparecía en escandalosos titulares. Llegó a su casa desfallecida. Por

sus oídos se filtró el escándalo con detalles odiosos y vio a su familia luchar unida para detener la marea de barro que venía de la calle.

Pilar salió de viaje con la seguridad de que Teresa dejaría el país pocas semanas más tarde. Encerrada en su camarote no quiso hacer vida a bordo hasta que el trópico corrió por su piel, húmedo y excitante en ciertas noches que subió al puente. Miraba moverse el mar compacto bajo el cielo oscuro como un cuerpo vivo y pensaba estremecida: "¡Quiero vivir!"

Pilar seguía de pie. Oyó a su hermano subir la escalera y entrar a besarla. Se marchó después de haberla observado atentamente. Ella le sonrió con ternura. Seguía de pie en medio de la fuerte luz que entraba por las ventanas y que parecía deshacerlo todo en una pesadilla blanca que ponía lágrimas en los ojos. A lo mejor era una pesadilla y pronto despertaría cogida a la mano fuerte de su madre.

Pudo mover la cabeza y rió en voz alta. ¡Qué importaba todo! Josefina no enten-

dería jamás lo poco que importaba todo cuando no se ha tenido nada. Pilar anduvo hacia la cama; estaba cansada, cansada como siempre. Dormiría unos momentos, para seguir, luego, abriendo baúles; en alguno de ellos venía su traje de novia. Dormiría unas horas, para vivir mejor otras horas.

MIGUEL

NECESITABA PENSAR. Miguel entró en su oficina, presionó el interruptor y se sintió protegido en el escritorio agradable y temperado que lo despojaba del frío que traía de la calle.

Necesitaba pensar. Encendió un habano y fue a sentarse en uno de los sillones que enfrentaban su mesa de trabajo. Allí tomaban sitio todos los que venían a consultarle: comerciantes, amigos, hacendados, su familia. Todos, en mayor o menor grado, con disimulo o abiertamente, terminaban por tratar asuntos de dinero. A él le tocaba transmitirlos a la señora, porque nadie se atrevió a llevarlos hasta ella. Ninguno, salvo Bernardo cuando cobrara fuerzas con alguna copa y de lo cual se

arrepintiera después allí, sentado frente a su escritorio.

Paseó los ojos sobre las alfombras y las cortinas, y su mirada fue a detenerse en la vacía y seca mirada del retrato al óleo hecho por un famoso artista de paso por la ciudad. Por primera vez observó con atención su propio rostro en el hombre del cuadro. La expresión vacía y seca se extendía a todo el semblante convirtiendo la tela en un fondo de mármol: "Soy yo", se dijo con algo de espanto. "Estás absolutamente igual", había exclamado Clara deteniéndose frente a la pintura. "Absolutamente igual", repitió la frase y evitó mirarlo de nuevo. De esa vaciedad y dureza trató de escaparse a través de la sonrisa fresca de Nilda. El recuerdo feliz de aquel primer tiempo hizo de pronto insoportable el confort y la elegancia de su oficina.

Llegaba del campo cuando la vio entrar a la sala de música para dar clase de piano a su hija menor. Hasta ese momento, su existencia era un cheque a fin de mes, otro nombre sin rostro en el talonario.

Miró a través de los cristales de la puerta y la observó inclinada sobre la mucha-

cha con sus gestos limpios y sencillos. Calculó la hora para encontrarse con ella en el vestíbulo y esperó pacientemente. La abordó con su autoridad de dueño de casa y pretextando salir le ofreció llevarla. Gozó observando la admiración que su automóvil le causaba. Admiración parecida a la que él experimentara con todo lo relacionado a la gran casa de Clara. El aspecto de la joven tenía algo que golpeaba contra su frialdad, estremeciéndola; algo que le traía la imagen de sí mismo en otra época. Sintiéndola cerca suyo en el coche, pudo conversar espontáneamente, sin reflexiones. Cada minuto que iba transcurriendo a su lado era un retorno a su propia juventud. Un milagro. En esos minutos volvió a ser el hombre anterior a su matrimonio, despojado de represiones, libre.

Ella permanecía callada y atenta. Luego de despedirse cayó en cuenta de que apenas sabía algo más que su nombre. Se sintió joven y alegre. Ya la conocería mejor porque necesitaba de su presencia para descansar en mil agradables nimiedades.

Miguel suspiró hondo, diciéndose con

amargura: "Necesito pensar". Y pensar en tiempo presente. De todo ese pasado quedaba sólo una trampa a la que estaba cogido.

Fue a su escritorio y sacó de un cajón la carpeta que contenía los títulos de una propiedad: "Esto no le basta. Quiere más. ¿Cuánto?..."

Sonrió dolido a sus pensamientos. No supo reconocer en Nilda sus propias armas que ella aprendió a manejar en los tres años de su compañía. No se cuidó, ni tuvo prudencia. Le parecía que era como recelar de sí mismo, restarse alivio y descanso. La identificaba con él y se relajaba así de años de reserva y temor.

Nilda jamás objetó nada. Se limitaba a escucharlo con atentos y amables ojos. Aprendió demasiado bien.

El último tiempo la sorprendió muchas veces al acecho de su familia. En una función de ópera estaba cerca del palco que él ocupaba con Clara y las niñas. La encontró saliendo de la misma iglesia durante varios domingos y sobre su escritorio se confundieron un día con las de Clara

las cuentas de sus vestidos, provenientes de la misma exclusiva casa.

Trató de parar esa marea que comenzaba a subir, pero no tuvo fuerzas suficientes. Nilda contestó sus observaciones con una queja:

—Es tan difícil hacer olvidar a los amigos de antes, a mi propia familia, a los pocos que llegan a verme, mi verdadera y triste situación. Así, al menos, me respetan más.

Fue el comienzo. Su sentimiento de culpa era un aliado de ella, un aliado generoso que satisfacía todos sus deseos. Una noche la vio desde un asiento en platea clavar los gemelos de teatro sobre la figura de su esposa. En Nilda habían desaparecido ya la admiración y el respeto. Ese respeto que él sufrió tanto frente a la mansión inaccesible de Clara.

Vestida sobriamente, fina y suave, Clara escuchaba el concierto con expresión recogida. A su lado, Miguel se sentía separado de ella, tan distante, tan ajeno, que su recuerdo huyó al pasado, a ese tiempo humillado y acechante frente a su casa.

Vivían con su madre en la misma calle, varias cuadras más adentro, y se sostenían medianamente con su sueldo de entonces. Era jefe de la Sección Ventas de una firma importadora de maquinarias agrícolas.

Todos los días pasaba frente a la mansión de grandes ventanas sobre la acera, acortando el paso para prolongar los minutos a lo largo de la fachada. Pronto supo el nombre de sus dueños y pudo divisar, de tarde en tarde, a las muchachas y la señorita de compañía. Una vez se topó con la mayor, que bajaba rápido hacia el coche. Fueron tales su sorpresa y su impresión, que se quedó helado. Con gesto humilde y torpe se quitó el sombrero. Aquélla era Clara.

Pasó de nuevo al día siguiente, y el mozo que abría las ventanas, el chofer a la espera, las gradas de mármol para llegar a la puerta, se convirtieron en el símbolo de sus deseos y ambición. ¿Qué hacer para entrar en ese mundo distante y soñado?

Una mañana, en verano, lo informaron de que el caballero necesitaba una máquina para la hacienda y él debía encargarse

del asunto. Bajaba el puente del castillo y los hierros comenzaban a abrirse. Entraba por fin.

Tuvo que trasladarse a la hacienda y allí encontró a toda la familia reunida. Las jóvenes eran indiferentes y lejanas. Sus hermanos, soberbios y protectores. Con el caballero estaba más a gusto y charlaban amigablemente, mientras observaban el trabajo de la máquina en el campo. Volvían a las casas y permanecían juntos hasta las horas de comida.

Tenía sólo dos días para alternar con la familia y debía aprovecharlos bien. Josefina, una de las menores, alegre y sarcástica, solía reírse a sus espaldas. El sabía que contabilizaba todas sus torpezas para manejarse en la mesa. Porque era en el comedor en donde se sentía más cohibido, más aún frente a la señora y sus directos ojos celestes. Durante las comidas se mantenía cierto tono medido en los gestos y las voces que nadie se atrevía a romper. Miguel prefería la risa fuerte y burlona de Josefina a esos momentos que lo encerraban en un vacío dentro del cual se movía

a ciegas. "Es curioso —se decía—, la señora es amable y tranquila, pero me intimida."

Siempre tuvo la misma sensación. Enrojecía cuando ella le dirigía la palabra y se demoraba en armar las respuestas. Era tan distinta a su madre, modesta y simple, viuda de un funcionario público: "Esperando que me case, también, con una muchacha simple y modesta", pensó con desagrado, levantando los ojos hasta Clara y Teresa, que conversaban frente a él.

Cumplido el plazo, se despidió de ellos casi con alivio. Los dos días le resultaron agotadores. Pero ya volvería mejor preparado y decidido, porque el puente no se levantaría más; el puente era Clara.

Calculó bien. No miraría hacia Teresa, que lo deslumbraba; ella, como Luisa y Josefina, estaba siempre rodeada de amigos con quienes hacía proyectos de fiestas y recepciones, proyectos imposibles para él, sometido a un sueldo, un horario y un nombre desconocido. La única alcanzable era Clara, con sus veintiséis años y su soltería que empezaba a inquietarla. Además,

había encanto y discreción detrás de sus ojos castaños y en cada movimiento de su cuerpo.

Fue aceptado con agrado por el padre y en forma reticente por la madre. A pesar de ser la primera hija en casarse, tuvieron sólo una sencilla ceremonia en la capilla de la hacienda. El hubiera deseado la parroquia más grande en la ciudad —esa gente tenía cómo llenarla—, pero Clara no consiguió romper la firme negativa de la señora. Miguel comprendía que, en cierta forma, su suegra no estaba dispuesta a mostrarse demasiado complaciente: “A cada cual lo suyo”, como decía siempre.

Observó curioso y serio a su nueva familia. Los veía al natural, despojados de lo exterior, detrás de la fachada de su casa. Se acostumbró a no tratarlos con demasiada intimidad, sino fría y sobriamente. Hizo en su mente un esquema de cada uno con el grado correspondiente a la capacidad que demostraban y nunca necesitó alterarlo.

Notó la ansiedad con que los padres trataron de interesar a Bernardo, el mayor

de los varones, en los trabajos de la hacienda y pudo reírse a solas con su fracaso. No tenían otro para eso. Mario comenzaba Medicina con entusiasmo definitivo; Máximo se convertía, gracias a su insistencia, en corredor de la Bolsa, y el resto era aún muy joven e inexperto. Esperó con paciencia la mano tendida de su suegro; cuando la cogió no recibía un favor, ambos se beneficiaban.

La calefacción de su oficina lo sofocaba. Miguel se levantó y caminó a la ventana. Un aviso luminoso encendía de rojo y azul un pedazo de noche. Abrió la ventana y aspiró con fuerza el aire helado.

Estaba lleno de terrores, estremecido con la idea de que su mujer pudiera enterarse, y no sólo ella, sino sus amigos, sus parientes, el magnífico partido que cortejaba a su hija mayor. Una aventura podía tenerla cualquiera, él las tuvo antes de Nilda discretamente, entre las paredes del departamento que mantenía en pleno centro. Pero ahora el asunto tomaba mal aspecto.

—Te ruego discreción. Ponerte en evidencia nos perjudica. Necesito la confianza de todos ahora que viene la venta de la hacienda y la partición definitiva de bienes. Te pido paz y calma.

—¡Paz y calma! Pídelas a tu mujer, ella puede darse el lujo de concedértelas. Yo sólo he conocido las molestias de una situación injusta. Y te advierto que no hay dinero en el mundo para compensarlas, no hay dinero suficiente en el mundo.

La batalla estaba declarada. Nilda calculó bien. Era el momento de dejarse caer. Ella conocía su crédito abierto en los Bancos, sus relaciones comerciales. Podía exigir lo que quisiera y él compraría a cuenta, porque preferiría todo a un escándalo. El, hombre serio, respetado, inteligente, cogido en un asuntillo barato con una mujer vulgar y desconocida. Sería como bajar de nuevo la cabeza ante la señora o escuchar la risa sarcástica de Josefina. No podía olvidar.

Después de muerto su suegro partió con la señora a la hacienda acompañado de

Bernardo, y ella exigió y revisó su trabajo, como si tratara con un desconocido. Luego le advirtió fríamente:

—De todo esto me responderá.

Y así fue. Periódicamente él le entregaba una cuenta detallada de lo hecho o por hacer, que su suegra leía y estudiaba. Jamás pudo llegar con ella más allá de eso. Aunque todos pensaran lo contrario cuando los veían juntos o cuando lo llamara para manifestarle alguna de sus decisiones y comentarla, Miguel sabía que en la señora había para él una puerta cerrada. A pesar de ello fue entregándole poco a poco la dirección de todos sus asuntos.

Una tarde, semanas antes de morir, dijo sonriendo amargamente, como burlándose de sí misma:

—Miguel, reajuste las pensiones de mis hijos.

En su rostro, el cansancio y la desolación arrasaban con la firmeza.

“Está muerta —habló en voz alta para oír sus palabras—; por fin está muerta —aclaró para sí; sólo en los propios pensamientos se podía tener seguridad—, y

nadie se atreverá a objetar nada de lo que yo presente."

Todos lo consultaron siempre. Teresa dejaba a un lado su orgullo para solicitarle, a veces, más dinero. Sentada allí, enfrente suyo, le recomendó prudencia el mismo día de la tragedia. Ese día no siguió sus consejos y cuando volvió a verla estaba detenida. Pálida y muda, pero magnífica siempre: "Ese tipo no valía los tres balazos que ella gastó".

Fueron meses apretados de molestias, escándalos, gastos excesivos e inesperados los que siguieron a la muerte de la señora. En medio de sus parientes en revuelo, él conservó la calma, el raciocinio y le tocó encargarse de todo.

Nadie se dirigía a sus cuñados; sólo contaba su nombre, el nombre desconocido y menospreciado que no tuvo recepciones sociales al ingresar en la familia y que no pudo aspirar a la altivez de Teresa. Sólo contaba su nombre. Máximo se tambaleaba en la Bolsa y ya se le ponía en duda; Octavio, con su petulante mediocridad y su puesto de jefe en una compañía salitreira, no tenía ninguna solidez. "¡Con ese

nombre y esa fortuna, cuánto hubiera yo alcanzado!"

El recuerdo de Nilda arremetía de nuevo. Era muy tarde. La luz del aviso luminoso estaba detenida en rojo.

MAXIMO

MÁXIMO CIERRA el diario y dice a su mujer, que bebe el desayuno :

—Creo que por fin podremos irnos de viaje.

Ella deja la taza y besa sus mejillas con alboroto :

—¿Y podré comprar todo lo que quiera?

—Todo lo que quieras.

Rosario coge el teléfono riendo para comunicar a sus amigas la noticia, pero la retiene un gesto firme del marido :

—Prefiero que nadie sepa nada.

El tono que usa no admite réplicas y la mujer permanece un segundo con el auricular en la mano y el rostro sorprendido. Opta por renunciar a la llamada y dice melosamente :

—Está bien, querido.

Máximo la ve salir del dormitorio vestida con una alegre bata de colores fuertes y ocupa con cierto placer todo el lecho común. Mientras estira sus piernas bajo el hilo y extiende los brazos con pereza, su mente trabaja velozmente: "Resuelto. Nos vamos mañana. Hoy reúno a la hora de almuerzo las cuotas del Club de Golf de Viña y en la tarde recibo el adelanto que pedí a Miguel".

Los últimos dineros recogidos sumaban una cantidad respetable. Su firma era en el mercado comercial una tentación para todo el que deseara vivir de un interés, con poco capital. Hacía ya mucho tiempo que a su oficina llegaba mes a mes diversa clase de gente para cobrar tranquilamente un elevado tanto por ciento. La firma tenía un nombre respetable que significaba, sobre todo, fortuna, una inmensa y conocida fortuna. La firma era, pues, segura.

Máximo piensa: "Es una lástima tener que hacerlo a pocas semanas de liquidar la hacienda, pero ya no puedo esperar".

El almuerzo es a la una. Saca un traje de golf y se viste con cuidado. De la oficina se irá directamente al Club de la

Unión, en donde se reunirán todos. Prende en la solapa su insignia de presidente, besa a su mujer y baja al garaje.

Su socio lo recibe con semblante preocupado :

—¡ Hombre! No sé qué vamos a hacer.

Máximo le palmorea la espalda :

—¡ Animo! Siempre hay una salida. —Y añade para sí: “Siempre que sea a tiempo”.

Trabaja intensamente. Su socio lo mira sorprendido y sonriente. Revisa sumas, recopila antecedentes, exige por teléfono o personalmente a sus conocidos o deudores. Cuando llega la hora de almuerzo está agotado y satisfecho. Sale hacia el Club, alegre por la acera llena de un claro sol de invierno.

Preside la mesa y ofrece el primer brindis por el hermoso balneario que ellos tienen la suerte de disfrutar en grupo selecto y reducido. Puestos de pie, beben a un mismo tiempo, sienten lo mismo y están emocionados. Hacía mucho que no se reunían y es un placer reencontrar caras amigas de viejos veraneos y momentos de camaradería. Casi todos se conocen desde la

niñez, pero distintos rumbos de vida impiden a veces el contacto. Sólo el Club de Golf de Viña es un vínculo. Beben de nuevo.

Cuando Máximo expone la necesidad de estar al día en las cuotas atrasadas, nadie se opone. Y el presidente es severo. Les recuerda sus obligaciones acerca del mantenimiento y la belleza del balneario y les reprocha su desidia. Con gesto avergonzado echan mano al talonario.

Despide a los socios a la salida del comedor y uno de ellos lo abraza con entusiasmo:

—¡Es un honor tenerte de presidente!

La estación, pasada la frontera, es para Máximo el comienzo de la aventura. Se instalan en el departamento del tren y Rosario disfruta como una niña con todos los preparativos. Charla con el empleado que arregla los bultos, pregunta mil cosas y ríe fuerte. Es su primer viaje al extranjero, porque Máximo recibió en dinero el viaje de bodas a Europa que nunca realizaron.

La noche cerca el vagón y ella duerme feliz. Pero el marido está tendido en la cama alta apurando el tiempo. Los segundos giran con el ruido acompasado de las ruedas, muy lentos para su inquietud. Desea meterse en el olvido del sueño y cierra los ojos, pero los párpados caen sobre mil pensamientos alertos y el sueño es otro deseo más que espera en la ciudad. El insomnio no fue nunca uno de sus males; está incómodo y violento. No quiere pensar y no puede dejar de hacerlo mientras se mantega despierto. Lucha contra mil rostros que entregan y reciben dinero, contra sumas que se restan y desaparecen. Contra la voz tan conocida que dice: "Yo te hice corredor de la Bolsa, no tahúr".

Ella lo hizo corredor de la Bolsa, pero nunca aceptó el juego y las transacciones que de serlo se desprenden. Porque ¿quién puede conformarse con vivir de comisiones? El tren sigue avanzando: "Esto podía suceder y ha sucedido. Son los riesgos de mi trabajo, riesgos y mala suerte. Hice lo que pude y no pude más". Pero los ros-

tros insisten en presentarse y ve de nuevo sobre su cabeza la expresión esperanzada de un empleado al entregarle todo su desahucio. Por fin va a vivir tranquilo sin el miedo a perder el puesto, sin humillaciones o servilismos, sin jefes iguales o inferiores. Por fin ganará dinero extra sin ningún trabajo. Son muchos rostros semejantes los que dan gracias. Su socio tiene un par de ojos húmedos que brillan en la noche: "Ojalá podamos responder". A Máximo le disgusta esa intromisión del socio entre los clientes que asoman en el ruido del tren: "Buen hombre, pero mediocre. ¿Cómo pudo no darse cuenta?... A estas alturas, imposible responder".

La última especulación ya no podía sostenerse bajo el peso de los intereses acumulados. Jugó y perdió. Cosas del oficio.

Silencio. Ningún ruido exterior, sólo la resistencia del acero al acero. Siente deseos de mirar hacia afuera, pero la ventanilla está junto a la cabeza dormida de Rosario. Se resigna al encierro y su deseo se escapa al pasado.

Llega con su padre a la trilla. El peón que alimenta el motor tiene un pañuelo bajo el sombrero empapado en sudor. Al calor se mezcla el polvo de las gavillas. Hay un campesino sobre la trilladora que coge el trigo con un enorme azadón y entre el sol, la tierra y los gritos parece un demonio. Máximo nota con repugnancia que se está llenando de polvo y que transpira. La montura y el caballo de su padre tienen una capa dorada que se va espesando. De pronto, los peones se agitan y él se vuelve al camino. Su madre aparece graciosamente montada, vestida con el ropón oscuro y la chaquetilla blanca y corta. Se acerca sonriendo y el marido sale a encontrarla. Vienen juntos, lado a lado. La señora sonríe más ampliamente y abarca con la mirada aquella escena infernal para Máximo.

—¡Qué lindo es todo esto!

Sus cejas y pestañas comienzan a amarillear, pero ella parece ignorarlo:

—¡Qué lindo es todo esto!

Máximo vuelve a las casas con un pretexto cualquiera. El no sirve para eso. El dinero en que se convierte el trigo es un

dinero sudado y violento. Debe haber otra forma más elegante, tranquila e independiente de obtenerlo. Debe haber otra forma.

Sus deseos de mirar el campo inmóvil en la noche han desaparecido. Recuerda que en su maletín lleva píldoras para el insomnio y se descuelga de la cama. Bebe su dosis de sueño y sube otra vez a esperar.

Rosario está excitada y feliz con las tiendas, las avenidas pobladas de gente y con los teatros.

Vuelven al suntuoso hotel en que están alojados y ascienden rápido al departamento, porque Máximo tiene una cierta intranquilidad. El apuro de su mujer por salir lo hizo olvidar la conveniencia de entregar a custodia parte del dinero que lleva y lo ha dejado metido simplemente en una maleta.

Pone la llave en la cerradura y le parece que gira demasiado. Con mano temblo-

rosa logra abrir. Se queda mudo. Las maletas y los baúles están revueltos y la ropa cuelga y se arrastra.

Corre enloquecido y busca el portadocumentos. No está. Máximo grita, llama, hace escándalo. Lo han despojado de una cantidad de varias cifras. El administrador y los porteros lo oyen vociferar:

—¿Es posible?... Ya no se puede confiar en un hotel respetable, de nombre conocido; no hay control ninguno; ¿es posible?...

• Está fuera de sí. Los rostros aturdidos que lo escuchan parecen exasperarlo más. Se dirige a una ventana y la abre de golpe. Su voz grita estridente y cae desde la altura:

—¡Ladrones!

CELIA

CELIA, DE pie frente al ventanal de la galería, se sentía cansada del viaje, las exclamaciones de los niños y el encuentro con la vieja casa que amaba.

Estaba sola frente al parque oscuro, sumado a la noche como el campo extendido y el viento que se azotaba ciego contra los vidrios. Hacía mucho rato que estaba sola. Sus hijos y Martín ya se habían retirado a los dormitorios y ella permanecía de pie frente al fuego, metida en el silencio como en un baño tibio y reconfortante. A ratos velaba su falta de sueño caminando desde la chimenea encendida a la galería en penumbra. Porque más fuerte que su cansancio físico era la tensión acumulada en esos meses por todos los

trámites, conversaciones y molestias que trajo consigo la muerte de la señora.

El día anterior se había efectuado la última reunión familiar. Recordarlo le producía sensaciones que iban de la vergüenza a la amargura. No podía borrar en la noche el rostro congestionado y agresivo de Bernardo y sus palabras caídas en completa acogida por sus hermanos. Por primera vez se le escuchaba y se le apoyaba.

—Necesito dinero. Estoy harto de vivir limitado a cantidades fijas. No quiero depender de nadie, ya es tiempo de darse gusto.

Miguel, que durante esos meses siguió dirigiendo la hacienda, permaneció en silencio. Pero aquellas frases abrieron un dique por donde se volcaron los deseos más o menos contenidos del resto de la familia, que se manifestaron sin limitaciones. Todos asentían, todos necesitaban dinero, todos contaban sus miserias. Celia estaba horrorizada. Hacía tiempo que tomara la firme resolución de defender el patrimonio de sus hijos, que esa gente iba ahora a destruir. Tembló al pensar que se

haría responsable de una fortuna convertida en monedas que podían reducirse o perderse, cuando tenían la inmensa tierra fecunda, sin precio, como un ser vivo.

Sentada entre sus cuñados, extraña a ellos, le parecía que sus proyectos, sus comentarios, sus propósitos, los estaban haciendo sobre un campo en llamas. Quemaban su pasado y su futuro. Deseó súbitamente, con intensidad jamás experimentada, la imposible presencia de la señora entrando al escritorio. Verla de pie frente a sus hijos para silenciar aquella vergüenza. "Es un miserable que no respeta su pasado", así se había referido su suegra de uno de sus parientes cogido en una estafa. Celia escondió el rostro entre las manos: "Y, además, ciegos y torpes —pensó con desesperación—; ¿qué harán cuando no tengan piso firme en que apoyarse?"

Tuvo horror de no poder excluirse, de estar metida en el mismo grupo que arrastraría a sus propios hijos, los hijos de Mario, que en esa ocasión no podía luchar, defenderse, porque estaba muerto. La ira creció en ella y le inundó la boca de pala-

bras que se atropellaban por salir. Vio a Josefina inclinarse sobre su marido para decir con indolencia:

—Nos iremos de viaje con las niñitas, saldremos por un tiempo de este país tan desagradable.

No pudo contenerse:

—¿Cómo es posible que boten lo único positivo que tienen? ¿Olvidan, acaso, hijos y futuro?

Todos callaron para mirarla con sorpresa y hostilidad. Josefina comentó en voz alta desde su asiento:

—Es el miedo de quien nunca tuvo nada.

Terminó la reunión penosamente. Celia, sin contestar a su cuñada, se dirigió a todos, ya serena de nuevo:

—Comprendo que mi posición es inútil, pero la mantengo. Considero una locura cambiar tierras por dinero. Pienso sobre esto como hubiera pensado la señora y siento por ella que ustedes sean sus hijos.

Y se retiró de una sala enmudecida; nadie dijo nada.

Los troncos encendidos se habían convertido en un montón de brasas y cenizas. El viento murmuraba entre los árboles. Celia cerró los ojos sin sueño pensando en esas dos semanas de paz y de reposo que los esperaban. Resolvió el viaje a la hacienda calculando asistir a la habitual reunión de familia que se efectuaba todos los meses y haciendo coincidir las vacaciones de invierno de los niños con su feriado legal.

Estaba muy cansada. Aquel año, su acostumbrada visita al campo en marzo se convirtió en días alertos y agotadores junto al lecho de la señora. Inclínada sobre su rostro, asistió a la lucha que se libraba entre esa vitalidad poderosa y la muerte. No se resignaba a verla concluirse y luchó por mantenerla como fuera, trabajando con los médicos, convertida en uno más de ellos.

Junto a las enfermeras y los hijos que se turnaban, ella permaneció vigilante, atenta a cada latido del corazón moribundo.

Y llegó la noche en que el sacerdote puso óleo en sus sentidos y la Iglesia despi-

dió su cuerpo, mientras los hijos y el nieto mayor permanecían de rodillas.

Celia, entonces, abandonó el sitio que ocupaba cerca del lecho y aguardó el final de pie, frente a la ventana, con la mirada tendida sobre el campo en silencio.

El fuego en la chimenea se había apagado. Inútilmente trató de revivirlo con el atizador. En el inmenso *living* empezaba a entrar el frío, pero ella seguía echada en el sillón, sumergida en su cansancio. La emoción que entró con ella en la vieja casa se suavizaba en el silencio del *living* casi en penumbra. Recordó de pronto la frase despectiva de Josefina: "El miedo de quien nunca tuvo nada". No se equivocaba; en ese momento comenzaba a verlo claro; tenía miedo, miedo a que se repitieran en los niños de Mario su propia infancia y adolescencia. Su infancia era un cuadro borroso en el tiempo, que representó de todo: alegría, riqueza, amigos, y después la caída vertiginosa hasta la pobre casa donde se trasladaron, lo único que se conservara de la fortuna deja-

da por su padre, a quien no recordaba. La madre dijo entonces, a las hijas adolescentes:

—Si no se puede recibir como corresponde, no se recibe a nadie. —Y su soberbia cerró las puertas a extraños y amigos.

Para las muchachas, la vida se convirtió en un largo día sin horizonte. La mayor dejó el colegio y se casó al poco tiempo con un primo. Celia comprendió que no tenía sino dos caminos: salir adelante por sus propios medios o casarse, también, lo más pronto posible. Esto último resultaría difícil porque heredaba de su madre la soberbia necesaria para decirse fríamente: “Pobre y sin relaciones de mi clase no puedo aspirar a un matrimonio conveniente; sólo me queda encontrar otro camino en la vida”.

No dejó el colegio como su hermana y obtuvo el bachillerato. Una tarde comunicó a su madre que entraba a estudiar Medicina. Fueron inútiles ruegos y lamentaciones; para Celia no contaba un pasado que las llevara a la ruina y confiaba sólo en el futuro que ella pudiera construirse. No había tiempo para mirar hacia

atrás y tenía por delante siete años hasta recibirse.

La Universidad le resultó una experiencia difícil y fuerte, porque romper una tradición que entonces destinaba a las muchachas de su edad y condición social exclusivamente al matrimonio y los hijos, representó para ella el más angustioso esfuerzo.

Más tarde, ya de novia con Mario, éste le contó la impresión que él tuviera cuando la vio por primera vez:

—Llevabas un viejo abrigo de verano y parecías tan ajena a una sala de clases, que te recordé todo el día; pensaba que tu sitio debería estar en una casa como la mía, al amparo de toda molestia o necesidad.

Pero ella, ajena a todo eso, tuvo que palparlo y que vivirlo. La angustia, el choque con una realidad que le resultaba absolutamente extraña, las noches de estudio y el miedo a la mañana siguiente, la botaron en cama. Una complicación pulmonar terminaba con su año universitario. La madre repetía como consuelo:

—¡Ya lo decía yo, éstas no son cosas para mujeres!

Pasó semanas enteras luchando por vencer la enfermedad hasta que lo consiguió. Sanó. Llegó el verano con sus días largos, que ella aprovechaba para estudiar junto a la ventana abierta sobre el pequeño patio de luz donde apenas alcanzaba el sol. Otras veces, inclinada sobre un cuerpo humano muerto, conseguido por unos centavos, repasaba anatomía hasta que el cansancio la arrojaba de la Escuela. Salvó su año universitario.

El estupor producido en la Escuela por su presencia fue reemplazado después por una respetuosa deferencia. No alternaba con sus compañeros más allá de lo estrictamente relacionado con las clases y ellos se acostumbraron a aceptarlo así; pero cada vez que podía apartar los ojos de los libros, su atención reparaba en el muchacho elegante, desenvuelto y sonriente que siempre trataba de estar cerca de ella. Su timidez se hacía, entonces, agresiva; más cuando oía su risa despreocupada o lo veía despedir el coche que solía dejarlo frente

a la Universidad. Tenía miedo a todo lo que el joven representaba y que ella había perdido. Terminadas las clases, Mario entraba a un mundo que cerraba sus puertas tras él, y del cual Celia se sentía excluida.

Como era necesario pisar sobre el terreno firme de las realidades y no hacerse ilusiones, detuvo a Mario en el umbral de sus sentimientos. Al muchacho, acostumbrado a tener éxito, a mirar toda mujer como posible, aquella seria resistencia lo dejó atónito. Del asombro pasó a la ofensiva, los celos y, por último, la paciencia. Durante años se estrelló en vano contra la firme resolución de Celia, que lo mantenía a la misma distancia de sus otros compañeros y sin conseguir quebrar la serena superficie de su indiferencia.

Llegó la época de estudiar en el material humano de los hospitales y ella enfrentó la lucha violenta y desesperada contra la muerte en las salas comunes, inmensas y sin rostro.

Vida y muerte. Posibilidad y término.

La tranquila joven se sintió estremecida y rebelde. Amaba la vida, la encontraba

latiendo aún bajo todas las formas del dolor y la descubrió en ella fuerte, incontenible, una tarde de diagnóstico junto al lecho de un moribundo, cuando sus ojos se encontraron con la mirada cálida y abierta de Mario.

Era el último año y Celia hablaba de su futuro de médica al joven que la escuchaba en silencio. De pronto tuvo éste el terror posible y enorme de perderla. Con voz temblorosa preguntó en el tono de un niño que ruega:

—¿Es que usted no se va a casar conmigo?

Se casaron un día de julio gris y lluvioso, acompañados sólo de sus testigos. Sentada en el coche de alquiler que los llevaba a una casita en la costa, preguntó al marido por su familia. Este, que jamás habló de hacer participar a ninguno de los suyos en la ceremonia, había conseguido que Celia dejara la carrera casi al llegar al término de ella, porque la joven comprendía sin oírlo que una doctora era

ya demasiado chocante para sus futuros parientes. Repitió la pregunta y Mario se encogió de hombros:

—Sólo cuenta mi madre y prefiero que ella te conozca como mi mujer.

Sus palabras pusieron temor en el rostro de Celia.

—No quise hablarle de lo que estaba resuelto. Yo sé que vas a gustarle. —Rió suavemente, para añadir—: Porque eres como mamá, nadie puede resistirse a tu encanto.

Celia se puso de pie. Tenía que pensar en cualquier otra cosa; no debía continuar metida en sus recuerdos, que comenzarían a golpearla con las imágenes de los años felices en que estuvo casada. Así trató de evitarlos esas noches interminables que siguieron a la muerte de Mario, cuando ella vagaba a solas por la casa diciendo en voz alta a las visiones que acechaban desde cada mueble, cada objeto, cada hora marcada en el reloj:

—¡No! ¡No! ¡No!

Iba hasta el dormitorio de sus hijos y los miraba dormidos:

—¡Es preciso vivir!

Era ya muy tarde. Caminó a su pieza por los corredores a oscuras, deteniéndose en el cuarto de los niños. Las tres camas estaban casi juntas. Levantó las frazadas para cubrir a Martín —su sueño era siempre angustioso— y lo besó en la frente. Salió de nuevo al corredor.

Colgó el teléfono temblando: “Esto ya no tiene remedio y es definitivo. Mañana hay que volver a Santiago”.

El llamado urgente de la campanilla sacó a Celia del libro que leía mientras esperaba a los niños para almorzar. Había caminado por el parque interior de la casa recogiendo naranjas de los árboles repletos y al alcance de la mano. Aún conservaba el olor ácido de la fruta fresca y húmeda. “Se termina todo —pensó amargamente—, ya es inútil luchar.”

Pasos que llegaban la hicieron volverse. Martín entraba a besarla.

—¿Vienes solo?

El niño no contestó la pregunta y preguntó a su vez, mirándola fijamente en el rostro:

—¿Y tú, qué tienes? Pareces enferma, parece que fueras a llorar.

Trató de sonreír:

—No es nada, ya hablaremos.

Su sobrino murmuró en voz baja:

—Yo siempre recuerdo lo que tú me dijiste una vez: "La pena es una enfermedad de la que hay que sanar para vivir".

Las primeras noches después del drama de Teresa, Martín, que dormía con sus hijos, solía despertarse llorando. Se echaba de la cama y corría a verlo:

—¿Quieres un poco de agua? —Evitaba referirse a su llanto.

—Quiero irme al campo.

El niño volvía a dormirse cogido a su mano y Celia se repetía muy despacio: "Quiero irme al campo". La frase de Mario cuando deseaba evadirse al cansancio y la tensión que su carrera de cirujano acumu-

laba en semanas de trabajo. Salían de la ciudad, que el joven dejaba taciturno aún por las preocupaciones; cruzaban el portón de la hacienda y se convertía de nuevo en el hombre alegre, sano, despreocupado.

—La imagen de la tierra es la imagen de la madre —decía riendo y pisando fuerte—; yo tengo de ambas en exceso y las amo.

Entre todos los hijos, él era quien recibía de la señora un cariño sin trabas ni limitaciones, un cariño que lo prefería abiertamente, sin escrúpulos por los otros que postergaba. A medida que pasó el tiempo, su madre se fue inclinando más hacia él, oyéndolo y consultándolo mientras permanecía sorda a los demás.

Celia se sentía hondamente conmovida cuando los ojos celestes de su suegra se fijaban en Mario llenos de un tierno orgullo casi infantil. Le gustaba que su hijo la examinara, y al relatarle algún malestar, se cogía de sus manos y bajaba el tono a la confianza de un niño.

Tenían que volver a la ciudad. El día de la partida se abrió obscuro, como si todavía en él se prolongara la noche. A las preguntas de los niños, Celia contestó con una verdad a medias:

—Tenemos un desagradable incidente en la familia y me necesitan.

Se olvidaron; para ellos alguien estaba enfermo.

Celia caminó con su tristeza por los recibos y los dormitorios. Sobre muchos muebles se acumulaba un polvo de semanas. La servidumbre, disminuida en invierno, no llegaba a todos los rincones y el abandono era latente tras las puertas cerradas. Ya nadie estaba alerta por aquellas visitas inesperadas y exigentes que la señora hacía de pronto, en cualquier momento. La casa empezaba a morir.

El coche de bronce relucientes esperaba junto a la reja. Los mozos se movían llevando maletas y bultos. Celia retiraba objetos personales que siempre permanecieron en la hacienda a la espera de su llegada. Ropa de Mario que estuvo colgada esos años ya sin espera posible.

Los niños charlaban con Víctor, que per-

manecía de pie junto a la portezuela del coche, aguardando que ella bajase. El resto de la servidumbre, que intuía una despedida definitiva, se había agrupado cerca de la puerta.

Está sola en el inmenso *living*. Enfrente suyo el reloj apura. Son pocos los minutos que tiene para una última mirada. Disponía de varios días para eso antes de la llamada de Miguel y de su voz urgente. Pero ya no existe otro plazo. Hay que ponerse de acuerdo con la familia y encarar un nuevo golpe.

Celia mueve la cabeza con cansancio y resignación. Para los más resueltos a vender, ésa es la mejor oportunidad para liquidarlo todo. Ya no aceptarán demoras; a través del boquete abierto por Máximo se escapará el resto. Miguel tampoco va a oponerse y la llaman con un propósito ya resuelto. Nada podrá en contra de toda la familia unida. Y esos seis meses de molestias y pesares desembocarán en el remate. La palabra se estremece con ella y la visión de sus ojos se rompe. Los objetos y los muebles y el recinto se rom-

pen. Celia seca sus lágrimas y todo vuelve a su forma primera.

Los recuerdos arremeten de nuevo.

Mario se despedía de la señora y de ella para volver apresuradamente a Santiago. Había sido llamado con urgencia y lo esperaban en la clínica.

—Mañana vuelvo y descanso un largo tiempo —dijo a su madre—. Me marchó por doce horas —dijo a Celia.

No fueron doce horas. El accidente ocurrió pocas horas después, al coger la carretera a la ciudad, y un segundo bastó para terminar con sus treinta y cinco años. La noticia llegó a la hacienda rápidamente y Celia no pudo creerlo hasta que se enfrentó a la muerte en la casita del camino donde fue trasladado. Permanecía aturdida, estupefacta, en blanco, cuando la señora dio el grito. Un grito que venía desde el fondo de la especie, un grito que se pegó a las paredes como un chorro de sangre y se derramó después en la noche. Y luego el silencio.

Un silencio largo y denso, prolongado durante semanas,

Una tarde, Anselmo, llegado a la hacienda, entró en su pieza:

—Te ruego atender a mi madre; eres la única que hoy puede hacerlo.

Para Celia fue despertar de un letargo. Volvió a mirar en torno suyo, a escuchar y responder directamente como antes.

Acompañada de Anselmo caminó hasta el dormitorio de la señora sentada en el sofá a obscuras, la cabeza blanca caída sobre el pecho. Celia se acercó y cogió su mano.

Fue una tarea dura y paciente hacerla erigirse de nuevo. Esperaba a su nuera en las mañanas con los ojos hinchados todavía por el insomnio y se aferraba de ella con la ansiedad de un niño. A nadie más permitía a su lado. Y mejorarla representó para la joven terminar de mejorarse a sí misma.

La señora no volvió a la ciudad ese año, pero tuvo que despedir a su nuera, que se marchaba con los niños. Ellos la vieron de pie, restablecida, sobre las gradas de la casa hacerles un gesto de adiós.

La situación económica que Mario dejaba a los suyos era insuficiente. Acostumbrado a una vida confortable y regalada, consumió la mayor parte de lo ganado en su carrera de médico, corta y brillante. Celia echó cuentas y comprendió que no podría mantenerse aún reduciéndose a un mínimo. Se terminaban los años al amparo de un hogar y de un hombre. Había que empezar a luchar. Estaba otra vez como en sus comienzos, más dos niños y un dolor constante y sin remedio, pero había que empezar a luchar. Con toca y ropa de viuda fue a matricularse en Medicina. Dos días después llegó a su casa la señora directamente desde el campo.

—¡No! Usted no puede hacerme esto, Celia. Usted, la mujer de Mario, debe tener, por lo menos, paz y tranquilidad económicas.

Ella no contestó. Aunque estaba resuelta a no ceder, le dolía negarse a sus palabras. La señora comprendió que luchaba en vano. Inclino la cabeza con un gesto triste y desolado:

—Hija mía, soy muy rica...

Fueron seis años los que transcurrieron

desde entonces. Seis años de lucha para sostenerse con los niños. Primero las noches de estudio bajo la pantalla verde de opalina metiéndose en los libros para escapar a la soledad y la angustia. Luego el hospital y la policlínica. Por las mañanas las camas iguales en las salas inmensas y en las tardes los rostros sufridos y macilentos por la tuberculosis.

Años de trabajo en medio del dolor ajeno. Celia auscultaba, recetaba, iba a rayos, empujada, además, por la compasión humana. Manos duras y toscas de campesinos y obreros le pasaban su ficha de asegurados. Salía de la policlínica agotada y dolida. Colgaba el delantal blanco de médico y volvía a la ropa negra del luto que jamás se sacaría.

Su especialidad de tisiología le otorgaba vacaciones adicionales en el invierno, las que hacía coincidir siempre con las vacaciones de sus hijos en esa época del año, y partían, entonces, a la hacienda. Muchas veces su suegra llegaba a verles y los cuatro disfrutaban de paz y reposo por unas semanas.

La señora no volvió a mencionar nin-

guna ayuda en dinero, pero a la casa de Celia se destinaba lo mejor de la hacienda, que su propia dueña escogía y ordenaba.

Celia mira el reloj. Sus minutos terminan. Está un poco aturdida, algo parecido a lo que experimentara la noche que Mario murió, la noche en que la señora murió. El reloj se ha detenido. Ambos vuelven a morir.

Un murmullo de voces la trae a la realidad. Es un grupo de peones que a la espera de verla se han pegado a la reja. Camina a la puerta. Al divisarla, el grupo humano comienza a descubrirse. Son rostros que aparecen nítidamente, oscuros, curtidos, impenetrables. Ella los ve a la distancia, casi del mismo color del suelo, incorporados al lugar como los árboles y las piedras, y murmura como un adiós:

—¡ Su tierra!

PABLO

TODO HA terminado. La familia puede estar satisfecha. Se pagó en dinero la antigüedad del menaje. Nada quedó sin venderse, porque nada tenía mínimo. Pueden estar satisfechos, en un par de días más habrá desaparecido para siempre el más pequeño recuerdo material de la hacienda.

Yo era el único descendiente directo de mi abuela que asistía al remate. No pude, como Cristo, arrojar a los mercaderes del templo, porque los mercaderes no eran los que estaban aquí, sino los que esperaban allá con la mano tendida. Ellos, incluso mi padre, todos ellos, menos tía Celia.

No me arrepiento de haber venido, ni del dolor y la vergüenza que siento. Quien pone el pasado y el recuerdo en venta se

• pone a sí mismo en evidencia. Estoy sentado en el sillón alto y tallado de mi abuela frente al parque iluminado por los focos eléctricos. El ruido de pasos y voces ha desaparecido, pero quedan en su reemplazo tarjetas y números colgando de cada objeto. Desde acá diviso la reja y advino el camino que se extiende tras ella. En este sitio pasaba mi abuela tardes enteras mirando el parque. ¿Miraría hacia el frente o el interior de la casa? Al frente, la tierra que trabajó y extendió; dentro, sus hijos.

Mi abuela. "Ella que se cree Dios", según frase de la mísera mujer del tío Bernardo. No podía verla en otra forma. Estiraban la mano para recibir su pensión y ésta caía desde arriba. No podían verla en otra forma, porque Dios está arriba. ¿Lo intuyó mi abuela? El último tiempo ya no se preocupaba de sus hijos. Presidía silenciosa la mesa en el comedor, ausente de todos ellos. Si hablaba era dirigiéndose a mí o a cualquier otro de sus nietos. Cuando me sentó a la mesa a su lado, tía Luisa no volvió más a comer a

su casa. Respiraron con alivio; agresiva, consumida, encarándose con todos, nos sumía en un desagradable clima de violencia. Tensa siempre, porque no se atrevía a decir lo que deseaba y como hubiera querido decirlo; no se atrevía con la madre al frente. Sus ruidosas historias se aquietaban dentro de la casa de mi abuela y nadie las mencionó o comentó para ella, pero estoy seguro de que las conocía. Yo la escuché una tarde con voz implacable arrojarla de su casa. Tía Luisa se marchó en silencio. Cuando subí a despedirme tenía un gesto desolado y terrible que nunca le vi; besé las manos largas y firmes y me quedé pegado a sus rodillas, como lo hacía de niño para rezar con ella. La miré mucho rato: estaba herida, perdía uno de los suyos, se desgarraba.

Me contó siempre que para el abuelo cada hijo representaba un dedo de la mano: "Y los dedos se necesitan para trabajar la tierra, enseñar, construir".

Estoy aquí porque es aquí donde la tengo más cerca, donde la veo mejor, donde su recuerdo es más nítido y preciso. Me

interesa conocerla, nadie se atrevió o intentó hacerlo. Conocerla hubiera significado, también, una comparación. ¿Podrían mis tíos y mi padre resistirla? Es una terrible pregunta porque incluye a mi propio padre, la persona intermedia entre ella y yo, colocado, sostenido en la vida por su madre y, como el resto de ellos, pensando que en su madre ésa era una obligación. Sólo tuvo fuerzas para sí mismo, limitado a un puesto de oficina bien remunerado, a un horizonte que termina en las paredes de un edificio, a la charla de sobremesa con whisky y a la total indiferencia de nosotros. Tiene la pobre jactancia de ser quien goza de la mejor y más estable situación entre sus hermanos. Es cierto, nada nos falta a mamá y a mí. Pero, sentados a la mesa, lo miramos como a un extraño petulante y soberbio.

La soberbia que caracteriza a toda la familia y que les sirve para esconder sus debilidades. Tío Miguel se ríe de ellos abiertamente. Tío Miguel, a quien han mirado en menos por años y que hoy los asiste con aire protector. Cuatro hijos varones y un extraño maneja el patrimonio

común. ¿Cuál de ellos resiste la comparación? Tío Miguel puede reírse. A él no le interesan las comparaciones si no están pesadas en dinero. Entró a buscar un hueco en esta casa y llegó a reemplazar a sus dueños. Siempre tuvo una debilidad notoria por tía Teresa, que no lo miraba. Hace unos meses, después del escándalo, se encargó de protegerla y sacarla del país. La hermosa Teresa, arrogante y desdichada.

Cierro los ojos y veo el grupo familiar enmarcado en bronce y terciopelo, cerca de la cama de mi abuela. Los padres al centro, rodeados de sus hijos. Cuando niño, pasaba largos ratos observando el conjunto de fotografías obscurecidas por el tiempo. Me producía cierta fascinación el rostro joven y voluntarioso que yo conocí envejecido, meditabundo, pero siempre voluntarioso y obstinado. Junto a ella el abuelo desaparecía. ¿Quién tendrá ese grupo familiar? Yo lo conservaría como una triste curiosidad.

Los diez dedos de mi abuela deshechos en seis meses. Sólo seis meses para liquidar siglos de esfuerzo. Y por nada. Porque

no formarán nada, ni se incorporarán a nada. No avanzan, caen verticalmente. "Quiero vivir a gusto y de lo mío", dijo en forma definitiva tío Bernardo, y todos se le plegaron. No, no todos. Tía Celia protestó. La única que pudo aceptarlo sin escrúpulos fue la única que se opuso. La realidad desmentía la creencia de mi abuela en la fuerza de la sangre y el ejemplo. La mujer de tío Mario, el preferido, cuya presencia llenaba los ojos de mi abuela y desplazaba de ellos a sus hermanos. Inteligente, brillante y hermoso. ¡Pobre abuela! Con la muerte de tío Mario comenzó a morir. No se apoyó, entonces, en los hijos que vivían; sobre ellos tendió hacia nosotros, sus nietos, las manos. Comenzó a revisar mis tareas, ir al colegio, conocer mis amigos. Yo era el mayor de los nietos; a través de mí estaba perpetuándose. Me empujó a la Universidad, y el día que pasé a segundo año de Leyes me recibió de pie en el comedor.

—Tú serás como Mario.

No se refirió a mi padre. Desde entonces, el deseo más fuerte que yo tenía era el de titularme de abogado, para verla de

nuevo sonreír con orgullo. No le fue permitido. Está muerta. Hoy más definitivamente que nunca: "Quisiera ser enterrada en la hacienda, y cuando vengas con tus hijos les dirás: aquí duerme la bisabuela".

La continuidad de su clase a pesar de todo, sobre las debilidades y la mediocridad que le exasperaban en los suyos.

Sentado aquí en su sillón alto y tallado, creo empezar a conocerla. A mí también me pareció Dios. Un Dios bueno y firme, no como la veía Beatriz, soberbia e implacable. Pero la realidad termina con nuestros dioses buenos o malos. Hoy este sillón y su cama, los objetos y muebles que ella amaba, son lotes con un número que van a dispersarse mañana entre desconocidos. Ella jamás pudo imaginarlo. Suponerlo hubiera significado, también, una debilidad, no sólo en los demás, sino en ella misma. Las debilidades de los otros.

Tío Bernardo, ayudado de unas copas, le pedía dinero y mi abuela contestaba con desprecio:

—Gánalo.

Tío Bernardo bebía entonces hasta quedar botado.

Yo estaba acompañándola una vez, cuando entró tío Máximo tan alterado que no reparó en mi presencia.

—Mamá, necesito cubrir una operación.

—Yo te hice corredor de la Bolsa, no tahur.

—Le ruego comprender; se trata de un apuro momentáneo, pero urgente.

—Habla con mi abogado.

Tío Máximo se retiró con la cabeza gacha y la boca apretada. Ella permaneció con la mirada muy lejos del cuarto hasta decir en voz alta, sin mirarme:

—Es triste y agotador tener que sostenerlos.

Pero lo hacía. Inconscientemente iba más allá de eso. Cumplía una ley que jamás abandonaría: preservar la pureza de valores inmutables para ella.

Tras la reja está la tierra que nutría su entereza. Aún viven campesinos que la vieron cabalgar junto al esposo sobre esa tierra suya dorada y fecunda. Los he oído ha-

blar de la patrona como de un mito. Ellos, con todo lo comprendido entre el portón de hierro y la cordillera, entre las "casas madres" y las "casas nuevas", le pertenecían y debían conservarse.

Sobre la hacienda entera soñó extender sus diez dedos.

La noche me oprime como un puño. Estoy dolido. Entre mi abuela y yo se han tendido los años y la diviso muy lejos, cada vez más distante. Ella permanece de pie, firme y altiva como me gustaba mirarla, detenida en las gradas de la casa frente al parque. La veo por última vez y me marchó para siempre. Todo esto ha terminado. Nada es inmutable. Saldré de esta casa rápido, sin mirar hacia atrás. He podido contemplar el fin material de un pasado que mi familia trueca por un presente estéril. No podría plegarme a ellos, que están dejando de ser. En mi recuerdo y en mi respeto sólo mi abuela continuará en pie, aunque no podría ya inclinarme y aceptar lo que ella veneró. Entre

nosotros se han tendido los años. Volver
atrás sería internarse en la muerte, y es
necesario vivir.

Me voy. Creo que el día va a cogerme
en el camino.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

EL PRINCIPE Y LAS OVEJAS,
por Enrique Lafourcade.

LOS DIAS MEJORES,
por John Dos Passos.

HIJO DE LADRON,
por Manuel Rojas.

VIENTO DE MALLINES,
por Mariano Latorre.

PAISAJES Y GENTES DE CHILE,
por Luis Durand.

EL CAMINO DE LA BALLENA,
por Francisco Coloane.

AL FILO DE LA TRISTEZA,
por Edwin O'Connor.

SEGUN EL ORDEN DEL TIEMPO,
por Juan-Agustín Palazuelos.

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?,
por María Flora Yáñez.

CORONACION,
por José Donoso.

Jr. CRONICAS,
por René Silva Espejo.

QUEDAMOS EN ESO . . .
por Juan Garafulic D.

HIJO DE LAS PIEDRAS,
por Juan Sánchez Guerrero.

CONFESIONES IMPERDONABLES,
por Daniel de la Vega.

¿ME PERMITE UNA INTERRUPCION?,
por Baltazar Castro.

LA VORAGINE,
por José Eustasio Rivera.

LAS UVAS DE LA IRA,
por John Steinbeck.

HOMBRES DEL SUR,
por Manuel Rojas.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile